

pehuén



Te LLamabas Rosicler
Por Sospecha
¿Dónde Estará La Jeannette?

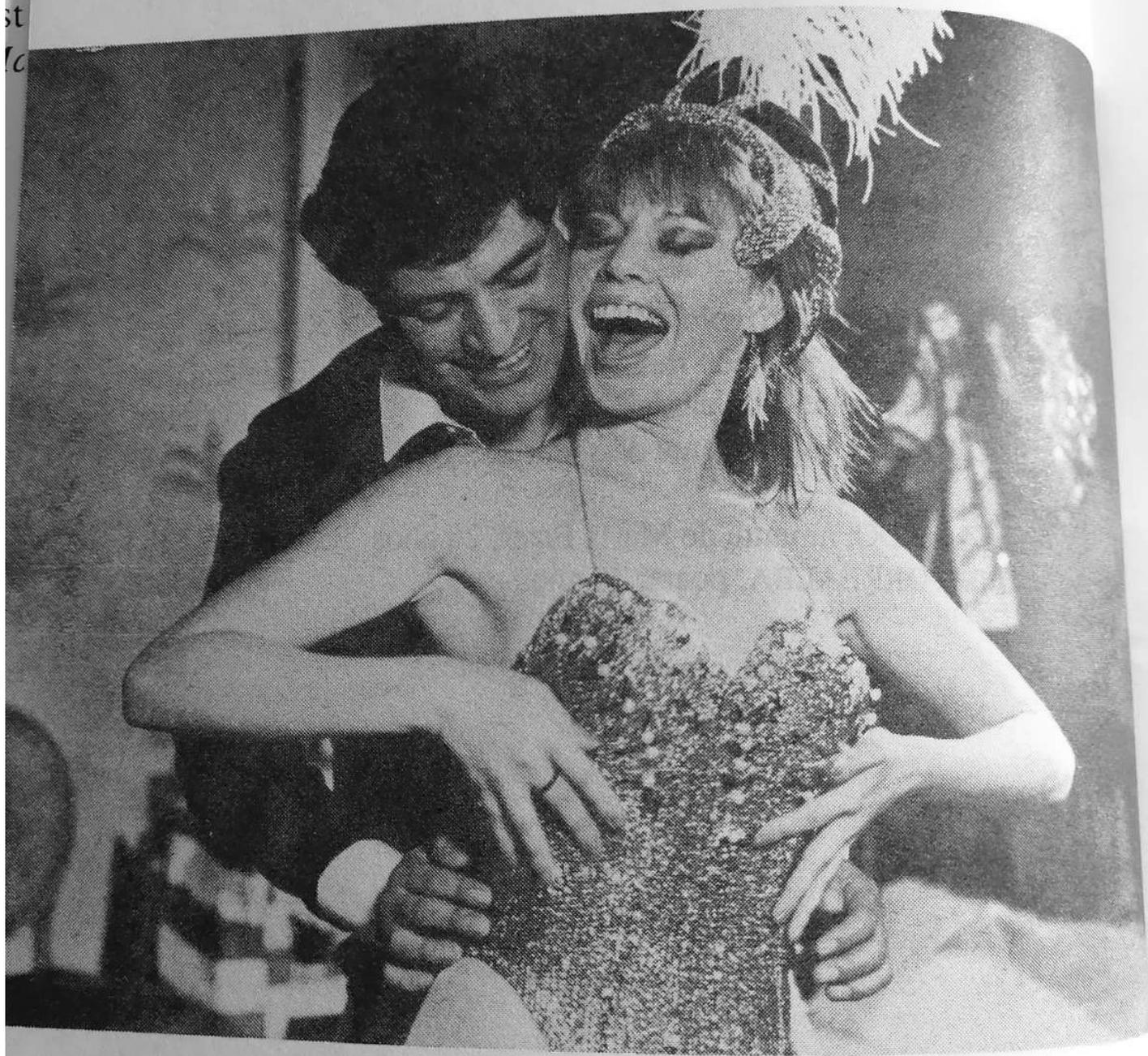
Luis Rivano

TE LLAMABAS ROSICLER

Esta obra fue estrenada en 1976 por el Grupo Imagen en la sala del Instituto Chileno Francés de Cultura, de acuerdo al siguiente reparto:

ROSICLER, bailarina frívola, 35 años	Yael Unger
MARIO PADILLA, jubilado municipal, 50 años	Jorge Gajardo
MARIA ESTER, dueña de casa, 40 años	Malú Gatica
ANIBAL MATURANA, agente de seguridad de un banco, 30 años	Juan Cuevas
JOSE EDUARDO, amante de María Ester, 25 años	Gonzalo Robles
MANUEL TORREALBA, poeta, 25 años	Pablo Vera

Dirección: Gustavo Meza



José Eduardo (John Knuckey) y Rosicler (Norma Ortiz), en la versión dirigida por Fernando González en 1986.

La acción transcurre en una antigua casa de la calle Ejército. Año 1963. El escenario presenta un corte de la casa que la divide en tres sectores de acción. El sector central principal es el dormitorio de Rosicler y Mario. El lado izquierdo es el término del pasillo. Hay una mesita para el teléfono. Al lado derecho, un banquillo de la galería.

Al levantarse el telón se escucha el tango "Rosicler". Mario prepara el desayuno y canta junto al disco... Rosicler lee, acostada.

ROSICLER: ¡Por quinta vez el mismo disco! ¡Por Dios, Mario!

MARIO: "...Te llamabas Rosicler, como el primer rayo del día..."

ROSICLER: Ya pus, Mario... ¡¡Mario!!

MARIO: Era la época fenomenal de los años cuarenta... Yo, lo único que deseaba era cantar... cantar igual de

La acción transcurre en una antigua casa de la calle Ejército. Año 1963. El escenario presenta un corte de la casa que la divide en tres sectores de acción. El sector central principal es el dormitorio de Rosicler y Mario. El lado izquierdo es el término del pasillo. Hay una mesita para el teléfono. Al lado derecho, un banquillo de la galería.

Al levantarse el telón se escucha el tango "Rosicler". Mario prepara el desayuno y canta junto al disco... Rosicler lee, acostada.

ROSICLER: ¡Por quinta vez el mismo disco! ¡Por Dios, Mario!

MARIO: "...Te llamabas Rosicler, como el primer rayo del día..."

ROSICLER: Ya pus, Mario... ¡¡Mario!!

MARIO: Era la época fenomenal de los años cuarenta...

Yo, lo único que deseaba era cantar... cantar igual de

lindo como lo hacía Julio Martel con la típica de Alfredo de Angelis... Tener esa pinta de centro forward de Boca Juniors y el peinado con brillantina... (Cantando) "...Y en el frío de las sombras soy la sombra que te nombra, mi Rosicler..."

ROSICLER: Ya, ya... Está bien... Está bien... Está bien... Total, cada loco con su tema. Pero déjame leer. Vivimos en una sola pieza. Respeta por lo menos mi derecho a estar tranquila. A veces pienso que deberías olvidarte de tu condición de jubilado y buscarte una ocupación, aunque fuera por las tardes...

MARIO: No, no, no... Trabajé mi cuota... Ahora debo vivir...

ROSICLER: ¡Chis! Supongo que a esto le llamas vivir... Vivir en una residencial de mala muerte...

MARIO: Es una maravillosa mansión... Ah... ah... Aquí en estos barrios vivía la aristocracia. Claro que eso era antes de que se llevaran la Escuela Militar para Apoquindo. Me acuerdo que cuando muchacho yo pasaba por aquí y me quedaba admirando esta hermosa mansión sin sospechar siquiera que algún día iba a vivir en ella...

ROSICLER: Barrio de mala muerte... Casa con olor a comida... Pésima ventilación... Jamás me imaginé que yo llegaría a parar a esto.

MARIO: ¡Bah! ¿Y qué te creías? ¿Que siempre ibas a estar en primera vedette? ¿Siempre con tu nombre en la marquesina luminosa de los teatros? ¡La gran Rosicler... de las mejores revistas de Buenos Aires al

Opera de Santiago! (*Pausa*) Y así supe de ti, de mi Rosicler. Con el mismo nombre del tango que cantaba Julito Martel como un príncipe de los barrios... Barrios, porque yo también nací en un barrio y jamás podré quitarme de la piel este olor a canilla proletario.

ROSICLER: Canillita, che...

MARIO: Canilla, canillita... eh... da lo mismo. Además, a mí me gusta.

ROSICLER: A mí... no.

MARIO: Si yo no hubiera leído esa tarde en el diario *Ultima Hora*: "Hoy, estreno de la nueva revista. La gran Rosicler. Debut en Chile"... Entonces yo me dije: Rosicler, bah, igual que el tango, y me entró una enorme curiosidad por verla...

ROSICLER: No fue una suerte venir... ¡Cómo diablos me iba a imaginar que me quedaría anclada aquí, quién sabe hasta cuándo!

MARIO: Me conseguí con el jefe, allá en la Municipalidad, un valecito para entrar gratis al Opera...

ROSICLER: Más que por dinero, acepté el contrato por curiosidad... Yo era primera figura. Si en vez de haber venido a Santiago hubiera aceptado el contrato en Mar del Plata... Pero allá, en esa temporada, estaba también la Nelly. Jamás aceptaría trabajar en la misma revista con esa infeliz.

MARIO: Y cuando se abrió el telón apareció ella. Era bella como una diosa. Una diosa de piernas largas, tan largas que, parada ahí sobre el tablado... con los

Opera de Santiago! (*Pausa*) Y así supe de ti, de mi Rosicler. Con el mismo nombre del tango que cantaba Julito Martel como un príncipe de los barrios... Barrios, porque yo también nací en un barrio y jamás podré quitarme de la piel este olor a canilla proletario.

ROSICLER: Canillita, che...

MARIO: Canilla, canillita... eh... da lo mismo. Además, a mí me gusta.

ROSICLER: A mí... no.

MARIO: Si yo no hubiera leído esa tarde en el diario *Ultima Hora*: "Hoy, estreno de la nueva revista. La gran Rosicler. Debut en Chile"... Entonces yo me dije: Rosicler, bah, igual que el tango, y me entró una enorme curiosidad por verla...

ROSICLER: No fue una suerte venir... ¡Cómo diablos me iba a imaginar que me quedaría anclada aquí, quién sabe hasta cuándo!

MARIO: Me conseguí con el jefe, allá en la Municipalidad, un valecito para entrar gratis al Opera...

ROSICLER: Más que por dinero, acepté el contrato por curiosidad... Yo era primera figura. Si en vez de haber venido a Santiago hubiera aceptado el contrato en Mar del Plata... Pero allá, en esa temporada, estaba también la Nelly. Jamás aceptaría trabajar en la misma revista con esa infeliz.

MARIO: Y cuando se abrió el telón apareció ella. Era bella como una diosa. Una diosa de piernas largas, tan largas que, parada ahí sobre el tablado... con los

brazos en alto... parecía sostener el cielo con sus manos... Y yo, radiante y feliz, fui a esperarla a la salida. Pero, ¿qué hacía yo ahí parado en la escalinata, entremedio de esos futres, esos turcos con autos coludos? ¿Qué hacía yo entre todos esos fulanos elegantes, contrabandistas, jugadores? En fin, ¿qué monos pintaba yo con mi trajecito comprado a plazos en la Cooperativa de Empleados Municipales?

ROSICLER: Salí del teatro toda envuelta en pieles finas que me había regalado un estanciero argentino. La envidiosa de la Nelly decía que eran pieles ordinarias. ¡Puf! A ella la invitaban con un sandwich y después la echaban en un taxi para que se fuera a la casa.

MARIO: Cada vez que podía, es decir, cuando me conseguía un valecito con el jefe, me iba al teatro a verla. Porque para mí, verla era una gloria. Claro está que también era un suplicio...

ROSICLER: ¡Le echaste azúcar! ¡No le echaste sacarina!

MARIO: ¡Ah! El doctor no dijo nada de que tenías que echarle sacarina.

ROSICLER: Nadie del ambiente artístico se llena de azúcar, ni de ninguna de esas cosas que hacen perder la línea.

MARIO: Sí, ah... ¿Y cuando salías con el turco ése, qué tomaban? ¿Agua? ¿No sabes que cada copita de licor equivale a diecisiete cucharadas de azúcar? *(Pausa)*. Lo leí en el *Readers Digest*.

ROSICLER: Como si tú nunca tomaras licor.

MARIO: Sí, pero yo no pretendo ser bailarina.

ROSICLER: Ni lo intentes... ¡con esa facha!

MARIO: Sí, también es cierto. Bueno, me voy a la Municipalidad...

ROSICLER: Otra vez a juntarte con esa tropa de ociosos. A jugar al cacho, a hablar estupideces, a gastarte la plata.

MARIO: Es mi plata.

ROSICLER: Sí, ya sé... es tu plata, es tu azúcar de la Cooperativa, es tu doctor de la Caja, es tu mujer. (*Pausa*).

Pero puede que no lo sea por mucho tiempo más...

MARIO: ¡Ah, sí, claro! Como aquí se atropellan los empresarios internacionales para contratarte...

ROSICLER: Empresarios internacionales tal vez no, pero hay gente interesada en ayudarme.

MARIO: ¿Ah, sí?... ¿A ver, quién? ¿Dime quién? ¿Quién, ah?

ROSICLER: Ah, eso es asunto mío. Ya, ya déjame. Yo sé arreglármelas muy bien solita.

MARIO: "Bella ilusión...", como canta el maraco de Luis Mariano... (*Pensando*). ¿El maraco? ¡Ah! Apuesto a que es el maraco de Severito el que te está sacando plata con la chiva de que te va a conseguir algo.

ROSICLER: Mira, Severito no es...

MARIO (*Interrumpiendo*): ¿Que Severito no es maricón?

ROSICLER: ¡Severito conoce su profesión!

MARIO: Sí, claro... su profesión que es la de cabrón. Que él diga que es representante... ¡Qué!... ¡Boletero de la compañía!

ROSICLER: Bueno, eso es precisamente lo que le da la ex-

perencia. El sabe de antemano qué revista va a fracasar, qué vedette va a triunfar, a qué cómico van a aplaudir.

MARIO: ¡Y con qué pelado se van a acostar, y cuánto le van a sacar!

ROSICLER (*Burlona*): ¿Y qué butaca le corresponde a cada cual?

MARIO: Ah, sí, sí... Porque cada vez que yo llegaba allí con mi valecito todo piriliento, me decía (*imitando el tono afectado de un homosexual*): “¡Ay joven, usted es el que viene de la Municipalidad...!” Y me tiraba al fondo. Detrás de la columna. Pero que no llegara un futre bien vestido... Aunque no quedara ninguna entrada, sacaba de no sé dónde unas de la primera fila. Se hacía el simpático y se ganaba la buena propina. Y a mí me decía: “Joven, ¿por qué no va a ver **Las travesuras de Pinocho**? Porque el valecito de la Muni le sirve para cualquier compañía...” ¡Te prohíbo que llames a ese maricón!

ROSICLER: Yo nunca he llamado a nadie. Siempre me han llamado a mí.

MARIO: Mira, mira, mira, ya, métete esto bien en la cabeza...

ROSICLER: ¡Ya! ¡No me des sermones!

MARIO: ¡No sigas soñando!

(*Rosicler protesta y lanza varios epítetos. Golpes en la puerta*).

MARIO (*Gritando*): ¿Quién es?

MARIA ESTER (*Desde afuera*): La señora María Ester.

MARIO (*Cambiando el tono*): Oh... un momentito, señora María Ester.

ROSICLER (*Bajando el tono también*): ¿Quién es?

MARIO: La hija de don Estanislao.

ROSICLER: Bah, desde que llegó aquí nunca había hablado con nadie.

MARIO: Mira. Arréglate un poco.

ROSICLER: Ya... Momentito. Oye. Yo sé tratar con gente mucho más que tú.

(*Mario va a abrir. María Ester entra*).

MARIO: Vaya. Qué sorpresa...

MARIA ESTER: ¡Buenos días, don Mario! Necesito hablar con usted.

MARIO: Ah, sí. Cómo no... Le presento a mi esposa.

MARIA ESTER: ¡Buenos días!

ROSICLER: El gusto es mío...

MARIA ESTER: Don Mario, necesito hablar con usted... de un asunto muy urgente.

MARIO: Bueno. Pero, tome asiento, está en su casa. ¿Tomaría un cafecito? Es Nescafé, eso sí.

MARIA ESTER: No, no, gracias. No se moleste.

ROSICLER: Pero, Mario... ofrecéle un copetín a la señora.

MARIA ESTER (*Extrañada y molesta*): ¿Un trago a esta hora? No, de ninguna manera.

MARIO: Aunque podría ser... (*Toma una botella y sirve*). Es un pisquito del bueno. Me lo trae un compadre de La Serena. Un compadre que trabaja en Andes Mar Bus.

MARIA ESTER: No, gracias, señor Padilla, no se moleste.

ROSICLER: Con permiso... *(Sale)*.

MARIO: Bueno... este... estoy a su disposición.

MARIA ESTER: Mire, don Mario, he sabido de muy buena fuente que esta casa la van a demoler porque entra en los planes de remodelación de Santiago.

MARIO: No, no. No es posible. De ser así yo lo habría sabido inmediatamente.

MARIA ESTER: Imagínese que me lo contó mi prima. Ella está casada con Ignacio Izquierdo, el arquitecto. Y es un arquitecto muy bien informado.

MARIO: No, si me lo imagino... pero; pero lo que pasa es que... lo que está aprobado es la demolición de la calle República, que es donde se unirán las dos panamericanas. Pero nosotros estamos bien porque nos salvamos.

MARIA ESTER: Yo no comprendo muy bien de esas cosas, pero tengo entendido que usted es jubilado de la Municipalidad...

MARIO: Ah, sí, sí, claro que sí. No, no... deje todo en mis manos. Mire, yo voy a averiguar si se ha producido alguna novedad.

MARIA ESTER: Mire, dígame, ¿usted conoce alguien influyente en la Municipalidad?

MARIO: Claro que sí. Si yo llegué a ser uno de los jefes. *(Pensando)*. Y creo que conozco a la persona indicada. Miguel Correa.

MARIA ESTER: ¿Correa? ¿De cuáles Correa será?

MARIO: Ahí sí que me pilló, porque nosotros en la oficina le decíamos Correíta, no más. No, pero no se preo-

cupe: todos estos papeles, todos estos asuntos tienen que pasar por su oficina no más. Claro que, eso sí, hay que gastar unos pesitos, usted sabe... aceitar la máquina.

MARIA ESTER (*Sobresaltada*): ¡Ay, don Mario... pero yo...!

MARIO: No, no, no se preocupe. Si todavía queda mucho paño que cortar, plazos...

MARIA ESTER: Sí, porque yo digo si tienen que demoler, ¿qué les cuesta hacer una curvita en el camino y respetar esta casa?

MARIO: Y es la mejor del barrio. Sería un crimen que no la respetaran. Pero no se preocupe, si estando todo en mis manos, todo va a salir bien. Porque, además, a mí me interesa tanto como a usted.

MARIA ESTER: ¿Cómo así?

MARIO: Sí, porque yo conozco esta casa hace casi más de veinte años.

MARIA ESTER: Yo nací aquí.

MARIO: Ve, ve. ¿Se acuerda de este mueble? Estaba en el salón principal. ¿Y de estas sillas? Estaban en el dormitorio de los niños.

MARIA ESTER: En el mío.

MARIO: Ah, ¿no ve? Cuando yo llegué a esta casa las compré y las hice arreglar. Ya también hace como... como veinte años también. Cuando trabajaba en el Departamento de Obras tuve que venir a hacer una inspección. Entonces fue cuando conocí al señor padre de usted. Y a propósito, ¿cómo está él?

Porque, llegado el caso, él sería de gran utilidad. El tiene mucha influencia. Porque tengo entendido que la propiedad siempre sigue a nombre de él, ¿no?

MARIA ESTER: Yo no he querido molestar a mi padre, señor Padilla. El es una persona muy ocupada.

MARIO: Ah, sí, sí... lo comprendo. (*Pausa*). ¿Se acuerda de lo que era antes esta habitación?

MARIA ESTER: Claro, una de las bibliotecas.

MARIO: ¡Eso! Una biblioteca de libros. (*Accionando aparatosamente*). Con libros hasta el techo. Y del techo se descolgaban unos angelitos que volaban. Es decir, que parecía que volaban. Ahí por las cornisas, por los rincones... Y acá, a este lado, estaba el escritorio de su señor padre de usted. Si parecía un ministro sentado ahí, detrás del enorme tintero de bronce. Me va a creer que aún conservo un libro encuadernado en piel, antiguo, y que tiene la firma de su señor padre. De su puño y letra.

MARIA ESTER: ¡No me diga!

MARIO: Sí, claro. Y se lo voy a mostrar. (*Empieza a buscar*).

MARIA ESTER: No se moleste.

MARIO: No. No es ninguna molestia...

ROSICLER (*Entrando*): Pero, Mario. No le des la lata a la señora.

MARIO: Quería mostrarle...

ROSICLER: ¿No ibas a ir a la Municipalidad?

MARIO: Sí... pero...

ROSICLER: Entonces... movéte. Te van a cerrar la Municipalidad.

MARIO: A mí nadie me cierra la Municipalidad. Yo entro y salgo cuando quiero de la Municipalidad.

MARIA ESTER: Bueno, don Mario, quedamos en eso...

MARIO: Sí, sí, señora María Ester. Me voy inmediatamente. (*A Rosicler*). Y cuídese, hija; ¿usted ya sabe, no?

MARIA ESTER: Yo quedo a la espera de que usted me dé el aviso, ¿ah?

MARIO: No se preocupe, señora María Ester. Hasta luego. (*María Ester trata de salir junto con Mario*). Pero, no, quédese. Está en su casa.

MARIA ESTER: No, yo no quiero darle ninguna molestia.

ROSICLER: Si no es ninguna molestia, señora María Ester. Por favor, tome asiento. (*María Ester se sienta*). Llámeme Rosicler.

MARIA ESTER: ¿Rosi... qué?

ROSICLER: Sí... ése es mi nombre artístico. Lo he usado tanto que he olvidado el mío, el verdadero.

MARIA ESTER: Yo jamás había oído un nombre así.

ROSICLER: Ah, bueno... es que me llaman la Gran Rosicler. Rosicler la Grande. En Buenos Aires me llamaban La Mulata de Leche.

MARIA ESTER: ¿La qué...?

ROSICLER: La Mulata de Leche. Eso es porque bailo el afro cubano y soy blanca como la leche, ¿ve? (*Pausa*).

Le voy a mostrar mi álbum donde salen todas mis temporadas. Vamos a ver la de Buenos Aires. Aquí

está la de Buenos Aires. ¿Conoce usted Buenos Aires?

MARIA ESTER: Sí, bastante.

ROSICLER (*Un tanto cortada*): Bueno... nosotros alojábamos en el Hotel Apolo.

MARIA ESTER: Ese sí que no lo conozco.

ROSICLER: Oh, es muy bueno. Fue una temporada magnífica. Un empresario europeo quería llevarme en gira a París, pero yo tenía contrato por todo el año.

MARIA ESTER (*Fijándose en los recortes*): ¿Usted era bailarina nudista?

ROSICLER (*Con orgullo*): ¡Oh, no! ¡Primera vedette! (*Pausa*). Bueno, ahora me tomé unas vacaciones porque el trabajo es muy agotador, usted sabe.

MARIA ESTER: Dígame, ¿sus padres nunca le pusieron objeciones a este tipo de trabajo?

ROSICLER: No. Al contrario. (*Golpes a la puerta*). Permiso... (*Abre*).

JOSE EDUARDO: Buenos días. ¿Está María Ester?

ROSICLER: Buenos días. Claro, aquí está.

MARIA ESTER (*Se levanta*): Ya salgo, José Eduardo.

JOSE EDUARDO (*Entrando*): Permiso... No, mi amor. Es algo cortito. Permiso. Ven, mi amor. Te vengo a avisar que salgo y que te saqué algo de plata para la bencina.

MARIA ESTER (*Hace gesto de detenerlo*): Quédate. Tengo que hablar contigo.

JOSE EDUARDO: No... Pero sigan con sus cosas. Estaban tan entretenidas.

ROSICLER: Mi álbum... Mi álbum.

JOSE EDUARDO: ¡Su álbum! Entonces no las molesto más.
Adiós, señoras. (*A María Ester*). Adiós, mi amor.

ROSICLER (*Mostrando el álbum a María Ester*): ¡Mire, señora María Ester! Mire, señora María Ester.

MARIA ESTER: No, no. Mañana... (*A José Eduardo*). Tengo que hablar contigo, José Eduardo. (*Ambos salen al pasillo*).

JOSE EDUARDO: ¿Qué pasa, mi amor? ¿No ve que estoy apurado?

MARIA ESTER: ¿Apurado tú? ¿Qué cosa tan importante tienes que hacer? Necesito que me escuches...

JOSE EDUARDO: Pero, corazón. La venta del auto, pues.

MARIA ESTER: Sobre la venta del auto vamos a tener que conversar un poquito más. Es lo único que me va quedando. Mi padre fue muy categórico: "Puedes vivir de la renta que te paguen los pensionistas de la calle Ejército. Y nada más". Por eso estoy vendiendo mis joyas. Déjame el auto.

JOSE EDUARDO: Después hablamos de eso.

MARIA ESTER: No. Vamos a hablar inmediatamente.

JOSE EDUARDO: Cuando vuelva hablamos, mi amor. Lo único que voy a hacer es buscar una cotización, no más. Por último, usted decide si le conviene o no vender el auto, pues mi amor... ¿Ya? (*La abraza mimoso*).

MARIA ESTER: Tengo un problema mucho más serio ahora, José Eduardo. Lo menos que puedo esperar es que me ayudes aunque sea una sola vez.

JOSE EDUARDO: Problemas, problemas. Es de lo único que me sabes hablar, María Ester. Ya me estoy cansando ya, pues.

MARIA ESTER: ¿Cansado tú? ¿Y cómo crees que me he sentido yo durante las últimas dos semanas? ¿Reducida a vivir en esta casa llena de rotos y de coristas?

JOSE EDUARDO: ¡Claro!... Yo que vengo de las mejores familias. Que nunca he tenido un problema de dinero.

MARIA ESTER: ¿Y? ¿Por culpa de quién estamos en estas condiciones?

JOSE EDUARDO: Ah. Seguramente que por culpa mía. Escúchame bien, María Ester; yo era un excelente alumno. Vivía sin problemas, y tú me metiste en esto. Sí, pues... Me engañaste. Me mentiste. Me dijiste que eras separada, ¿sí o no? Tú tenís la culpa de todo, María Ester.

MARIA ESTER: Ante todo, ¡cállate! ¿No ves que nos están escuchando?

JOSE EDUARDO: Oye, grito todo lo que quiero, ¿no?

MARIA ESTER: No. A mí nadie me levanta la voz. Y menos un flojo mentiroso como tú.

JOSE EDUARDO: ¡Andate a la mierda, oh! (*Se va*).

MARIA ESTER: ¡José Eduardo! ¡José...! (*Portazo. Se sienta en el banco de la galería*).

MANUEL (*Entrando, se acerca*): ¿Necesita algo?

MARIA ESTER: Nada. ¿Por qué?

MANUEL: ¿Le traigo un vaso de agua?

MARIA ESTER: No. No necesito nada. Estoy perfectamente bien.

MANUEL: ¿Hace frío, no? Yo vengo siempre a trabajar aquí. Espero no molestarla, pero en mi pieza no entra luz porque los vidrios están rotos y tengo que mantener los postigos cerrados.

MARIA ESTER: Mire, jovencito. Haga una nota con todas sus quejas; ya veremos el modo de solucionarlas.

MANUEL: No, no. Si no me quejo. A mí me gusta esta casa. Sólo... sólo necesito un lápiz...

(Rosicler se ha colocado junto al teléfono).

MARIA ESTER: Un lápiz... y una botella. *(Sale).*

ROSICLER *(Al teléfono)*: ¡Hola, lindo! ¿Estabas esperando mi llamada...? ¿Tu mami se mejoró?... Mándale cariños... Oye, oye, ¿arreglaste el asunto para que yo...? ¿Con quién...? ¿Con ese muerto de hambre...? Oye, Seve... Anoche... Ay, bueno. Hacía tiempo que andaban chuecas. Acuérdate... Y, ¿cómo te fue con la llamada...? En la segunda fila no, Severito. Tú sabes que eso a mí no me corresponde. Además, la semana pasada te di... No, no te lo estoy echando en cara, tonto. Lo que pasa es que tú quedaste de arreglar... Ah... ¿Y qué te dijo...? Oye. Estoy perfectamente bien, Severito. Ni se me nota... Además, el médico me dijo que bailando me iba a mejorar mucho antes... Ya pues. Tú eres el que tiene que arreglar... ¿Cuánto...? No, Severito, no. No, si no es eso, mira. Lo que pasa es que Mario va a terminar dándose cuenta que yo le... También es cierto. *(Ríe)*. Bueno, ya... Dile a la Magaly que los pase a buscar. Con ella te los voy a mandar mañana. Pero hazle

empeño pues, Severito... No, no. Si confío en ti... Oye, oye, ¿sabís? Cuando vuelva a ser primera vezette te voy a hacer un regalito que te va a encantar. Vas a ver... Chao, lindo. Cuídate. (*Se aleja dejando descolgado el teléfono*). Buenos días, Manuelito.

MANUEL: Buenos días, colega.

ROSICLER: ¿Trabajando? ¿Lo molesto?

MANUEL: No, al contrario. Usted me inspira. (*Invitándola a sentarse*). Por favor...

ROSICLER: ¿Qué está escribiendo ahora?

MANUEL: Bueno... todavía no.

ROSICLER: No, si lo entiendo, Manuelito. A mí me pasa lo mismo. El artista debe terminar su obra. Ahí se muestra al público.

MANUEL: Así es como tiene que ser. Ah. A propósito. ¿Leyó mi libro?

ROSICLER: Sí, sí. Muy lindo, Manuelito.

MANUEL: Me alegro de que le haya gustado. ¿Cuál poema le gustó más?

ROSICLER: Todos. Todos muy lindos.

MANUEL: Sí, sí. Pero debe haber alguno en especial. Como el del parque, por ejemplo.

ROSICLER: Muy... muy bonito... muy poético.

MANUEL: ¿Le gustó el final?

ROSICLER: Mucho.

MANUEL: Pero, ¿qué sentimiento le produjo?

ROSICLER: Es un poco triste, ¿no es cierto?

MANUEL: No, no. Pero... ¿no vio usted que traía un mensaje de aliento, de esperanza?

ROSICLER: Lo que pasa es que es triste y alegre al mismo tiempo, ¿ve? (Ríe).

MANUEL: ¿Quiere que le cuente qué fue lo que me llevó a escribirlo?

ROSICLER: Bueno.

MANUEL: Usted sabe que uno queda muy triste cuando el ser que amamos nos deja. Es mucho más que tristeza. Es una angustia honda. Se palpa aquí. Un dolor sordo, casi material. Yo me acuerdo que me quedé solo frente a la entrada del Parque Forestal. Al fondo, los árboles formaban un arco amarillento en ese atardecer mientras las hojas caían revoloteando...

ROSICLER: Eso me recuerda una revista en la que yo trabajé. Era algo así como el otoño... el escenario estaba lleno de hojas.

MANUEL: Y el suelo una alfombra de amarillo...

ROSICLER: Entonces aparecía yo, caminando como una reina por la larga alfombra...

MANUEL: Y penetré en ese túnel con sus mil tonalidades de amarillo.

ROSICLER: Las demás coristas formaban un túnel por donde yo pasaba.

MANUEL: Un crujir de hojas secas acompañaba tristemente cada paso mío.

ROSICLER: Y la orquesta arremetía mientras yo bailaba...

MANUEL: Me parecía que era la primera vez que veía las cosas tal como eran. Veía la gente... las parejas...

ROSICLER: Veía mi público. Algunas caras conocidas en primera fila. Atrás, un manchón negro, dientes que

relucían, joyas. ¡Ro-si-cler! ¡Ro-si-cler...! (*Decreciendo*). Ro... si... cler.

MANUEL: Y de pronto esa angustia. Ya no estaba tanto en mí, sino que todo era angustiante. Y en ese momento comprendí que aquel parque eran todos los parques.

ROSICLER: Todas las noches era igual. ¡Ro-si-cler! ¡Ro-si-cler! (*Decreciendo*). Ro... si... cler.

MANUEL: ¿Cómo le fue con la llamada?

ROSICLER: No. Ese es un trabajo que me ofrecieron, pero yo no sé si lo voy a aceptar... Una no puede estar aceptando cualquier cosa, ¿no le parece, Manuelito?

MANUEL: No, pues, por supuesto que no. Uno debe aceptar sólo aquello que realmente valga la pena.

ROSICLER: Cierto, Manuelito. Por eso es que usted tiene un solo libro no más.

MANUEL: Bueno...

ROSICLER: No, Manuelito. No, no... Si ya está escribiendo el otro.

MANUEL: Y esta vez los editores me van a venir a rogar.

ROSICLER: Por supuesto que sí, Manuelito. ¿Sabe una cosa? Usted es el mejor poeta que yo conozco.

MANUEL: Y usted, ¡la mejor artista que yo conozco! Siga haciéndose de rogar. Y no importa cuánto sacrificio soporte, porque el trabajo duro es siempre recompensado.

ROSICLER: Es cierto, Manuelito. Yo siempre estoy ensayando, preparando nuevos números...

MANUEL: Yo que me quiebro la cabeza buscando una palabrita. Y, ¿qué importa escribir en pedazos de

hojas inservibles? Algún día mis obras verán la luz impresas en papel fino, obras completas en papel biblia.

ROSICLER: A mí no me importa estar ensayando en esa horrible pieza, porque algún día volveré. No a la segunda fila, no. Volveré a ser primera vedette, con mis plumas y mis perlas.

MANUEL: Pero antes de eso...

ROSICLER: ¡A trabajar!

MANUEL: ¡A trabajar!

ROSICLER: Adiós, príncipe.

MANUEL: Adiós, reina.

ROSICLER: Bueno. Lo dejo. *(Se aleja).*

(Rosicler entra a su pieza. Coloca un disco. Es un mambo y comienza a ensayar).

MANUEL *(Sobre la música)*: Rota está el ala de la gaviota...

(Se oye el mambo). Gaviota, rota... mecerte quieres entre los colores del cielo y del mar.

(Apagón significando paso del tiempo).

(Entra Maturana y se dirige al teléfono descolgado. Observa a Manuel dormitando su borrachera).

MATURANA *(Acercándose)*: Oiga. Oiga, levántese. Mire, vamos amigo. No se haga el tontito y confiese. Ya, ya, ya. No hay pero que valga. Dígame, ¿usted ha estado toda la tarde aquí? ¿Alguien más, aparte de su persona, ha estado acá?

MANUEL: ¿Aparte de quién?

MATURANA: ¡Aparte de usted pus, ñor!

MANUEL: No sé...

MATURANA: Ya, ya, ya. Precisemos. ¿Sí o no?

MANUEL: Sí o no ¿qué?

MATURANA: Si hubo alguna llamada telefónica para mí o no, ¡pedazo de inútil!

MANUEL: Pero, ¡qué se ha imaginado usted, venir a despertarme de ese modo! ¿No sabe que soy una persona muy nerviosa? ¿No sabe que a una persona como yo no se le puede despertar así? ¿No sabe que se le puede producir un shock? Además, usted ya no está a cargo de la casa. ¿Quién diablos se cree que es usted? Ni que fuera un representante de la ley.

MATURANA (*Exhibiendo sus credenciales*): Soy vigilante. Vigilante del Banco Central. ¿Sabe lo que eso significa? ¿La responsabilidad que me incumbe? ¿Los capitales que debo proteger? ¿Y con qué cree que los protejo? ¡Con un revólver que me dan en el trabajo! ¡Aquí lo llevo! ¿Y usted cree que a cualquiera le dan un revólver? ¡No, mi amigo! Hay que demostrar eficiencia en el uso del arma. En cualquier circunstancia, ya sea de pie, en el suelo, e incluso en un vehículo en movimiento. Sí, pues. Arriesgo mi vida protegiendo los derechos de mis conciudadanos. Y vos, más encima, te atrevís a preguntar que quién soy yo.

JOSE EDUARDO (*Entrando*): ¿¡Quieren dejarse de gritar y armar escándalo!? María Ester está con jaqueca hoy, así que ¡calladitos por favor!

MATURANA: Mire, joven. En esta casa sólo se reciben instrucciones de la señorita María Ester en persona.

TE LLAMA

JOSE EDU
MATURA

qui

pe

JOSE EDU

un

(Ma

MANUE

¿

MATUF

MANU

c

MATU

l

MANU

MATU

MAN

MAT

MAN

(

MAT

JOSE EDUARDO: Oiga, permítame Aníbal...

MATURANA: ¡No le permito, joven! Sólo se le permite a quien hay que permitirle. Y éste no es el caso pertinente.

JOSE EDUARDO: ¿Así que no es el caso pertinente? ¡Espérate un ratito no más! (*Pasa al interior*).

(*Maturana se dirige al teléfono*).

MANUEL: ¡Oiga! No me vuelva a hacer nunca más esto, ¿ah?

MATURANA: ¿Qué fue lo que dijo?

MANUEL: ¡No! ¿Usted se fijó que yo era un poco arrebatado, no?

MATURANA: Ya. Dejémonos de discusiones y contésteme lo que le he preguntado.

MANUEL: ¿Y qué quiere que le diga?

MATURANA: Si hubo alguna llamada para mí, y quién descolgó el teléfono.

MANUEL: ¿Cómo quiere que sepa si estaba durmiendo?

MATURANA: ¿Y te costaba mucho decirme eso antes, tonto huevón?

MANUEL: Oigaa... Qué humillante es usted, ¿ah? (*Sale*).

(*Mario entra desde la calle y pasa hacia su pieza*).

MATURANA (*Al teléfono*): ¡Aló...! Comuníqueme con el vigilante de bóveda, por favor. ¿Quién habla ahí? Oiga, Cifuentes. Mire, hombre, resulta que me tuve que ausentar durante una hora para comprar unos víveres y estoy preocupado por si usted llamó... ¿Sí...? Está bien, hombre. Escúcheme. En caso de que se produzca cualquier circunstancia o impre-

visto que usted sea incapaz de solucionar, no se olvide de llamarme... Está bien, hombre. Y no descuide el trabajo. *(Cuelga)*.

(Enfoque de luces sobre el dormitorio).

MARIO: ¡Por Dios! Por lo menos debías haberte preocupado de lavar los platos, las tazas. Todo está igual de sucio que esta mañana. *(Rezongo de Rosicler)*. Hummm. Eso querrá decir "Gracias, Mario. No te preocupes tanto por mí" *(Rosicler repite el rezongo)*. Hummm. No hay de qué. Claro. Uno traquetea todo el santo día pensando que cuando llegue a la casa su mujercita lo va a estar esperando con todo limpio.

ROSICLER: No soy empleada. Soy artista.

MARIO: Ese cuento me lo sé de memoria. Toda la historia del estrellato. Me conozco tus recortes de memoria, ¿o quieres que te los lea?

ROSICLER: ¡No te metas en mis cosas!

MARIO: Ah. Ahí está, pues. El pick up ardiendo, los discos afuera...

ROSICLER: Si es por los gastos de luz, están incluidos en el arriendo. Pero no te preocupes, porque dentro de poco no tendrás que hacer más gastos.

MARIO: No, no, no. No me cambies de conversación. Sabes perfectamente bien a lo que me refiero. Voy a tener que colocar aquí unos grandes letreros con las indicaciones del médico.

ROSICLER: ¡Qué va a ser médico ese fulano, que lo único que sabe hacer es dar aspirina para todas las cosas!

MARIO: Médico de la Caja, no lo olvides. Y no olvides

TE LLAMABA

tamp

pal,

ROSICLER

un e

MARIO: ¡

ROSICLE

MARIO:

ROSICLI

MARIO:

tu

te

ROSICL

MARIO

ROSIC

MARI

ROS

MA

RO

M

tampoco que si yo no hubiese sido empleado municipal, ¡las pinzas que tenís médico!

ROSICLER: Yo no necesito un médico cualquiera. Necesito un especialista. Y tú tenís que tener dinero guardado.

MARIO: ¿De dónde? ¿Con qué ropa?

ROSICLER: Sí, huevón. Tenís que tener, no más.

MARIO: No me gusta que digas groserías.

ROSICLER: Sí, boludo.

MARIO: Mira. Aquí no estás en el ambiente artístico ni con tus maracos. Acostúmbrate a la vida decente a la que te he traído.

ROSICLER: ¿Decente? ¿Decente esto?

MARIO: Por lo menos la comida no te falta. Y no es mucha la gente que puede decir lo mismo.

ROSICLER: La comida no me importa.

MARIO: Ya se ve que no te importa, puesto que no has preparado nada. Ah. Pero si eres como una niña chica. Hay que estar haciéndotelo todo. Bueno, ¿qué quieres ahora? ¿Te preparo unos tallarines o abro una lata de sardinas?

ROSICLER: Me da lo mismo.

MARIO: Sardinas, entonces. Pero, ¿dónde crestas están las sardinas?

ROSICLER (*Remeda*): No me gusta que digas groserías. ¿Así tratabas al público cuando te pedía algo? ¿Dónde crestas está el expediente?

MARIO: Aquí en esta casa no se encuentra nada. Todo está en el más completo desorden. Aquí lo único que se encuentra son recortes y discos. Discos para rom-

perse los huesos bailando. Claro, uno se preocupa de todo. A ella lo único que le interesa es bailar.

ROSICLER: Y eso es lo único que me importa, ¿me entendís? Lo único.

MARIO: ¿Dónde diablos están las sardinas?

ROSICLER: Además de viejo; además de inútil; además de catete, ¡ciego el huevón! (*Tirándole el tarro, luego de levantarse de la cama*). ¡Ahí están tus sardinas!

MARIO: ¿No ves, tontita? ¿No ves lo que te pasa?

ROSICLER: ¿Qué es lo que me pasa? No me pasa nada.

MARIO: ¿No te pasa nada? (*La hace caminar*). Camina... Camina.

ROSICLER: ¡Déjame! (*Cae*).

MARIO: ¿No ves, tonta porfiada? Apuesto que no te tomaste los remedios. (*Los busca*). ¿Y no te pusiste la pomada? ¡Claro, no te la pusiste! A ver, a ver.

ROSICLER (*Amenazándolo con el zapato*): ¡Déjame! ¡Te gusta verme así! Porque crees que soy igual que tú. Un fracasado. Yo tengo una carrera por delante. Toda una carrera. Tengo un nombre que defender. No como tú, que eres un viejo frustrado, fracasado. Que lo único que te queda son sueños.

MARIO: ¿Sueños? No. Métete en la cabeza de una vez por todas que no son sueños. No. ¿Sabes? Me voy a comprar esta casa.

ROSICLER: ¿Y con qué ropa, como decís vos?

MARIO: Bah. ¡Con las seis mil trescientas setenta y cinco cuotas del Plan Habitacional de los Empleados Municipales!

ROSICLER: Permitíme que me ría, che.

MARIO: No, no, no. No tanta risa. Y además, aquí voy a instalar una tanguería.

ROSICLER: ¿Ah sí, eh? Y seguramente vas a cantar vos.

MARIO: ¿Y por qué no?

ROSICLER: Dejáte de pavadas, che. Seguramente le vas a poner a la tanguería "Donde Canta el Viejito del Acordeón".

MARIO: Mira. Los mejores cantantes de tango pasan de los cincuenta. Claro, porque se necesita experiencia, madurez, haber sufrido para interpretar el tango. Ahí tienes a Alberto Podestá, al negro Berón. Son ejemplos.

ROSICLER: Dejáte de soñar. Date cuenta de que eres un viejo, fracasado, frustrado... y pelado, más encima.

MARIO: ¿Y el doctor Alberto Castillo? ¿No es pelado también? Pero lo más bien que se arregla con un bisoñé. Queda de lo más monono.

ROSICLER: Pero canta, ¿me entendís? Canta. Y tú rebuznas. Además, Castillo es argentino, como yo.

MARIO (*Remeda*): Argentino como yo. Una cosa es que uno se haga el tonto, y otra que lo sea.

ROSICLER: El caso tuyo, nene, es que lo sos.

MARIO: Argentino como tú. Rosicler. ¡Rosa Carrasco serás...! ¿Crees que no he visto tu carnet? (*Va a buscarlo y lo saca de debajo del colchón*).

ROSICLER: No, no, no. (*Lo persigue para quitárselo*).

MARIO (*Leyendo y forcejeando*): Carnet de la comuna de

Barrancas, pero natural de Llo-Lleo. Rosa de las Claras Carrasco.

ROSICLER: ¡Ljubetic Carrasco!

MARIO: ¡Carrasco Carrasco!

ROSICLER: Mi padre era yugoslavo. Era de sangre azul. Por eso es que yo me entiendo tan bien con la gente decente.

MARIO: Cocinero de un barco yugoslavo era el viejo. Pero si el tal Severito, a la primera botella de pisco, contaba todo. Mis yeguas, las llamaba. Me contó que tu madre era lavandera y que a ti te daba vergüenza cuando ella te iba a ver al teatro. Y ahora tiene doce chiquillos con un albañil que está cesante.

ROSICLER: A mí me decían La Gringa en Buenos Aires. Eso porque se nota que soy de origen extranjero, aunque no lleve el apellido Ljubetic de mi padre. Porque soy hija del amor y no de la obligación.

MARIO: ¡Qué amor ni qué niño muerto! Si el yugoslavo ése se fue y tu mamá se quedó cantando (*imitando a Martel*): “Adiós, marinero, adiós...”. Y le pasó cuatro chauchas para que se fuera en micro de San Antonio a Llo-Lleo. ¡Amor le llamas a eso! Amor como el que sentía por ti el turco ése.

ROSICLER: Tu papá era obrero, pus.

MARIO: Y a mucha honra.

ROSICLER: Trabajaba en una fábrica de cemento. De ahí te debe venir lo duro de cabeza que eres.

MARIO: Fue elegido regidor por La Calera el año 38. Ele-

gido con la primera mayoría. El regidor más joven de Chile. Con el sudor de su frente logró que su hijo estudiara y llegara a ser empleado. Y si no fue diputado, fue porque esos desgraciados...

ROSICLER: ¡Cállate!

MARIO: Argentina... argentina iba a ser... Estuvieron quince días en Buenos Aires y tuvieron que regresar en micro porque el representante se arrancó con la plata.

ROSICLER: Pero mi nombre estuvo en las marquesinas de Buenos Aires, ¿sí o no?

MARIO: Claro que sí, pero junto con otras cuatro. (*Imitándola*). Ah, ¿y si yo hubiese aceptado el contrato de Mar del Plata?

ROSICLER: Soy una artista. Eso no es una fantasía. Yo no ando hablando de trámites, de negocios, como otros que yo conozco que se lo llevan sentados ahí en la Plaza de Armas, junto con un lote de ociosos dándole comida a las palomas. Todo el mundo te ha visto, ¿cierto o no?

MARIO: Es cierto eso, pero ¿y qué? Lo que pasa es que la Plaza de Armas es como el gran living de Santiago. Uno se cansa de trajinar y se sienta. Caminando todo el santo día para arriba y para abajo.

ROSICLER: Claro. Pa' arriba y pa' abajo...

MARIO: No. Yo me canso después que camino. Y camino porque tengo dos piernas que me funcionan.

ROSICLER: ¡Voy a sanar! Y voy a seguir mi carrera. Y ese día te voy a dejar. Y para verme de nuevo vas a tener

que conseguirte ese famoso valecito en la Municipalidad.

MARIO (*Va al armario*): ¿Sabes lo que es esto? ¿A ti que te gustan tanto las verdades?

ROSICLER: No sé, ni me interesa.

MARIO: Lee. Lee lo que dice aquí: "Fractura desplazada. Irrecuperable".

ROSICLER: ¡Con un buen médico yo puedo sanar!

MARIO: ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Métetelo en la cabeza! Además, eso debiste haberlo pensado antes, en vez de salir con ese famoso turco. Turco borracho que te estrelló contra un poste. Dime, ¿por qué salías con él? ¿Porque te gustaba? ¿Porque lo querías? ¡No! Porque él te daba más cartel. Así, las otras pensaban que tú estabas más arriba. ¡Por eso! ¡Por arribista! No paraste hasta quitárselo a la Nelly. Y después, claro: "Métale, mijito, más rápido, mi amor. ¡Métale fierro, mijito, que nadie nos alcance!" Y cuando el turco desgraciado vio que el poste se le venía encima, ¿qué? ¿Pensó en ti? No: pensó solamente en hacer el viraje. Justo para salvar su propio pellejo. Y después no fue capaz siquiera de llamar la ambulancia. ¡Claro! Si su nombre podía aparecer en el diario. ¡No! Cómo se te ocurre. ¿Su foto en la primera página de **El Clarín**? ¡No! Seguramente pensó: ¿Qué irá a decir mi esposa? ¿Y mi hija que está por debutar en sociedad? ¡Se arrancó el cobarde! ¡Y te dejó desangrándote en medio de los fierros retorcidos!

ROSICLER: ¡Basta! ¡Cállate!

TE LLAM

MARIO
ROSIC
MARIO
ROSIC
MARIO

ROSIC
MAR

ROS

MA

RO

M

R

M

J

MARIO: ¿Y quién te recogió?

ROSICLER: ¡Cállate!

MARIO: ¿Quién te cuidó?

ROSICLER: ¡Cállate, viejo amargado!

MARIO: Sí. No le importaste un comino al turco ése, al Severito, a los empresarios. Porque para ellos eres un animal.

ROSICLER: ¡Cállate!

MARIO: Una yegua de carrera. ¿Y sabes tú lo que hacen con una yegua de carrera cuando se le rompe una pata? La sacrifican. Les pegan un tiro aquí. A no ser que haya alguien que se cuide de ellas. Alguien que las quiera de verdad, aunque no vayan a ganar una sola carrera más.

ROSICLER: ¡Yo no te quiero! ¡No te quiero! Y te voy a dejar. Te voy a dejar.

MARIO: Andate entonces, ¡mierda! ¡Andate de mi casa!
(Le muestra la puerta).

ROSICLER: ¡Cobarde! Sabes que ahora no me puedo ir. Pero, ¡ya vas a ver! ¡Ya vas a ver!

MARIO: Andate. ¿No dices que afuera hay tantos que te están esperando?

ROSICLER: Puedo conseguirme todos los hombres que yo quiera. Hombres jóvenes, con dinero, con futuro.

MARIO: Andate, entonces, a patinar por las calles, con tu pata coja... Arrastrada... (Pausa). ¿No ves, tontita? El único que se puede ir de aquí soy yo. (Sale).

JOSE EDUARDO (Topándose con él): Don Mario... Don Mario...

MARIO: ¿Ah?

JOSE EDUARDO: Una palabrita, por favor.

MARIO: Es que... voy saliendo.

JOSE EDUARDO: Es algo breve, don Mario. Entiendo que las parejas tienen problemas, y es difícil la convivencia. Pero creo que ustedes se pasaron.

MARIO: Ah... Usted se refiere a... *(Indicando la pieza)*. Espero que me disculpe si lo hemos molestado.

JOSE EDUARDO: No es por mí, don Mario. Es por María Ester. Está con jaqueca hoy. Y no sé qué problemas tiene con la casa.

MARIO: ¡Ah, sí! Claro, claro.. El futuro de esta hermosa mansión está en grave peligro. ¿No le dijo nada ella?

JOSE EDUARDO: Sí, sí. Ella algo me dijo. ¿Y usted no sabe más detalles sobre eso?

MARIO: Yo algo averigüé esta mañana en la Municipalidad. Lo que pasa es que hay un nuevo proyecto que desplaza al anterior y nos liquida.

JOSE EDUARDO: ¿Cómo es eso de que nos liquida?

MARIO: Claro. Porque en vez de demoler la calle República como estaba contemplado en el proyecto anterior, se va a demoler la calle Dieciocho, con lo cual van a volar toda la parte trasera de la construcción.

JOSE EDUARDO: Y todo eso, ¿para qué, don Mario?

MARIO: Un negociado que debe tener en vista algún poderoso. Realmente yo no entiendo. No entiendo. ¿Por qué destruir las casas más representativas de una época de esplendor para reemplazarlas por esas torres de cemento que parecen pajareras?

JOSE EDUARDO: Bueno, don Mario. Pero ¿todo esto es definitivo?

MARIO: Bueno; afortunadamente no, porque todavía falta un trámite para que sea decreto. Así es que este es el momento para moverse un poco. Yo he conversado con algunos vecinos para formar un comité de defensa, reunir algunas firmas... qué sé yo...

JOSE EDUARDO: Sí, sí. Pero a los propietarios ¿les darán algo a cambio?

MARIO: Sí. Pero una basura, hombre. Una miseria con la cual no van a poder comprar nada que les compense por la pérdida. No, si es una verdadera estafa. Y eso hablando de los propietarios. Para qué decir nada de los arrendatarios, porque no tendremos dónde irnos a vivir. Bueno, pero yo no estoy muy preocupado porque don Estanislao es un hombre de mucha influencia. Por eso yo no me aflijo. Claro es que habría que hablar con él. A mí me parece que la persona indicada sería usted.

JOSE EDUARDO: No, no, no. María Ester sería la persona indicada para hablar con él. Bueno, aunque pensándolo mejor creo que no, porque las relaciones entre ellos no están muy buenas, ah. ¿Usted me entiende, no?

MARIO: Sí, sí, sí.

JOSE EDUARDO: Bueno. Eso pasa hasta en las mejores familias.

MARIO: Sí, sí. Comprendo, comprendo. Sí, yo sé. Es que don Estanislao es un hombre chapado a la antigua,

pues, ¿no? Y seguramente no le gusta esta relación... eh... este... No, este... yo decía que si a don Estanislao se le ocurre cambiar el plano regulador, cambia el plano regulador mañana mismo, pues.

JOSE EDUARDO: ¿Sabe, don Mario? Yo prefiero dejar fuera de esto a María Ester. Porque ella es muy delicada y estas cosas la alteran completamente. Mejor no decirle nada.

MARIO: Tiene razón. Yo tampoco le quiero decir nada a Rosicler porque las mujeres siempre conversan entre ellas y siempre agrandan las cosas.

JOSE EDUARDO: Eso, eso.

MARIO: No. Lo mejor es no decirle nada a las...

JOSE EDUARDO (*Completando*): ...a las mujeres, don Mario.

MANUEL (*Apareciendo. Trae una botella de pisco*): De acuerdo. A propósito de mujeres...

MARIO: ¡Ya estamos ya!

MANUEL (*Al teléfono*): ¡Con la Greta Garbo, por favor! No... No voy a poder ir esta noche... Nada de dramas... (*Pausa*). Si llaman al cabeza cuadrada de Maturana, dígame que le voy a dejar el teléfono descolgado. (*Ríe*).

JOSE EDUARDO (*Riendo*): Pero Manuelito...

(*Se sientan los tres en el banquillo y van tomando alternadamente de la botella*).

MARIO (*Aparte*): Mi Rosicler. Mi rucia desvalida. ¿En qué rincón del mundo podemos irnos a vivir para amparar yo tu fantasía?

MANUEL (*Aparte*): Cuando las conocí, sentí que un mundo nuevo y extraño se abría ante mí...

JOSE EDUARDO: Yo andaba con la Gilda, una chiquilla del Departamento de Inglés. Un día estábamos todos en el casino tomando café, cuando de pronto todos miran hacia la puerta de entrada. Y ahí estaba ella, María Ester. Una verdadera mujer entre puras mocosas. Y nunca antes había escuchado esas canciones francesas. (*Canta algo de Edith Piaf*).

MARIO: ...Princesita rubia de marfil. Dueña de mis sueños...

MANUEL: ...Entonces, empezaban a aparecerse tal como eran ellas: leves, absolutas y esquivas al mismo tiempo. Yo me sentí presa de una vorágine nerviosa y fría. Manoteaba, queriéndolas alcanzar; pero ellas jugueteaban conmigo, las muy pícaras. Aparecían y desaparecían. Se disfrazaban. Avisaban que venían, y no llegaban. Yo terminaba impotente, destrozado, exhausto...

JOSE EDUARDO: Fue la gran experiencia cambiar la chiquilla por la mujer. Ah. Ella no andaba en micro. Tenía autito propio. Conocía Europa. Los profes se quedaban con la boca abierta cada vez que ella hablaba. Sabía más que ellos mismos. ¡Valió la pena! Harto buena pa' la cama también.

MANUEL: Pero empecé a aprender. Había que jugar. Seguir las hasta donde ellas quisieran. Sin violentarlas. (*Recita*).

Encontré las palabras una tarde de otoño

Volaban cual las hojas que la brisa arrastraba...

MARIO (*Cantando*): "La juventud se fue, la casa ya no está..."

(*Todos cantan, cada uno por su lado. Mario entona "Percal"; José Eduardo, la canción francesa y Manuel, "Pagliacci"*).

MATURANA (*Apareciendo*): ¿Quién descolgó el teléfono?

MANUEL: ¡Riidi Pagliacciii...!

MATURANA: ¡Quién descolgó el teléfono!

(*Todos ríen y se burlan de él*).

MARIO: Muchachos, muchachos. ¿Vamos? ¿Vamos donde la gorda del Club Hípico? Me dieron el dato de que recibió unos arrollados de Chillán, ¡y un pipeño que está de mascararlo!

MANUEL: ¡Se pensó y llevóse a cabo, pues!

JOSE EDUARDO: Oye, oye. ¿Es lejos?

MARIO: Sí. Más o menos.

JOSE EDUARDO: Entonces vámonos en auto, pus. (*Sale el grupo cantando*).

MATURANA (*Al fono*): Comuníqueme con el vigilante de bóveda, por favor... Oiga Cifuentes... Mire hombre, estoy preocupado porque ha pasado mucho rato y usted aún no llama. ¿Dígame, se ha producido algún problema, alguna circunstancia? Está bien, hombre. Y dígame, ¿por qué no llamó de todas maneras? Mire, Cifuentes, ¿tiene su libreta a mano? Vaya a buscarla pues, hombre, ¿no sabe que siempre tiene que andarla trayendo con usted? Anote mi número de teléfono ahí... 486544... Mire, Cifuentes. No es

problema suyo que yo llame tres o cuatro veces al día, ¿entendido?

MARIA ESTER (*Entrando*): ¿José Eduardo? Aníbal, ¿ha visto a don José Eduardo?

MATURANA: Señorita María Ester. Ante todo, ¡buenas noches!

MARIA ESTER: Buenas noches, señor Maturana. Ahora, dígame ¿ha visto a don José Eduardo?

MATURANA: ¿El muchacho ése que estuvo ahí con otros? Mire, yo creo, señorita María Ester...

MARIA ESTER: Maturana, ¿sabe usted dónde fue?

MATURANA: Sí, señorita María Ester. (*Sacando la libreta*). Siendo las 21 horas con 11 minutos del día en curso, tres individuos, en estado de evidente intemperancia, abandonaron este domicilio...

MARIA ESTER: Lo único que quisiera saber es de don José Eduardo.

MATURANA: Sí, señorita María Ester. Un momentito. Al ser individualizados, los sujetos en referencia resultaron ser: Mario Padilla, montepiado; Manuel Torrealba, profesión desconocida, y José Eduardo, de apellido que será establecido oportunamente.

MARIA ESTER: Pero, Aníbal. Usted exagera.

MATURANA: Momentito, señorita María Ester. Aún no termino. Al retirarse, los infractores manifestaron la intención de ingerir más alcohol y dirigirse donde mujeres de la vida. Lo ya expresado queda como constancia de los posibles sucesos que se puedan derivar de estos hechos.

MARIA ESTER: Está bien. Quiere decir, entonces, que usted es el único hombre que hay en la casa en este momento.

MATURANA: Sí, señorita.

MARIA ESTER: Entonces, no abandone la casa por ningún motivo.

MATURANA: Señorita María Ester, permiso para retirarme.

MARIA ESTER: Váyase de una vez, hombre de Dios.

(Suena el teléfono).

MARIA ESTER *(Contestando)*: ¿José Eduardo? ¿Cómo? ¿Quién? Un momento. ¡Maturana! ¡Teléfono!

MATURANA: Muchas gracias, señorita María Ester. *(Contestando)*. Maturana al habla, ¡diga! Sí, señor... sí, señor. No, no, no. Eso no es efectivo, señor... Señor. Si usted lo desea me presento inmediatamente para aclararlo. ¿Cuántas veces dijo Cifuentes que yo había llamado? ¿Ah, sí? Señor, permítame. Lo voy a corroborar inmediatamente en mi libreta. En mi libreta, señor. ¿Que me la meta dónde? Perdóneme. Pero yo soy la persona que debe viajar mañana con ese envío y estoy preocupado de todos los detalles. ¡No me cuelgue, señor! *(le cuelgan)*. ¡Vas a ver! Te voy a hacer la conseguida con el señor subgerente de tesoreros. ¡Vas a ver quién soy yo!

(Apagón)

ROSICLER *(Abriendo la puerta de su pieza)*: Ah, ¿era usted? Pase no más.

TE LLAM

MARIA
ROSIC

MARL

ROSIC
MAR

ROSI
MAR

ROS

MA
RO

M
R

M
I

MARIA ESTER (*Entrando*): Perdone que la moleste.

ROSICLER: Bah, si no es ninguna molestia. Tome asiento.

MARIA ESTER: Dígame, ¿el señor Padilla va a volver pronto? Necesito hablar con él.

ROSICLER: No se preocupe. Todos van a volver.

MARIA ESTER: No sé de qué está hablando.

ROSICLER (*Pasándole un trago*): Sírvasse.

MARIA ESTER: ¿Qué es esto?

ROSICLER: Un copetín. Esto la va a ayudar. Sírvasse.

(*Pausa*). ¿Quiere escuchar música? ¿Qué le pongo: un bolero, un tango, un mambo, qué?

MARIA ESTER: Lo que usted quiera.

ROSICLER: ¡Ajai! Mire. Aquí está "Rosicler". Es un tango.

A mí no me gusta mucho, pero tiene el mismo nombre que yo. Yo me llamo Rosicler. El disco dice aquí que es rubia, como yo. Cuando lo escuché por primera vez pensé que alguien lo había escrito para mí. Pero, no, no. Es solamente un tango antiguo. Mario siempre dice...

MARIA ESTER: Póngalo de una vez.

ROSICLER: Ah, ¡encantada!

(*Se escucha una marcha que ha puesto Aníbal*).

MARIA ESTER: ¿Y eso?

ROSICLER: ¡Don Aníbal! Todas las noches escucha la misma audición.

MARIA ESTER: No lo había notado.

ROSICLER: Es que usted llegó hace poco. Antes, cuando era el encargado de aquí de la casa, no dejaba que

nadie le metiera bulla. Bueno. Lo mismo que Mario cuando escucha los comentarios de Hernández Parker, una no puede decir ni una sola palabra. Bueno, cada cual con su cosa, porque a mí me encantan las comedias de la tarde, sobre todo las de Moya Grau. Son tan lindas.

MARIA ESTER (*Sale a la puerta y grita*): ¡Maturana! ¿Quiere bajar el volumen de la radio?

MATURANA (*Desde arriba*): ¡Mande, señorita María Ester!

ROSICLER: ¡Bah! ¡Y le hizo caso! Mire, no sé cuántas veces le hemos dicho: Maturana, baje el volumen de la radio. Yo a veces estoy ensayando con música especial.

MATURANA (*Golpeando*): ¿Me pidió usted que bajara, señorita María Ester?

ROSICLER: Buenas noches, señor Maturana.

MATURANA: Buenas... ¿Me pidió que bajara, señorita?

MARIA ESTER: ¡No! Le pedí que bajara el volumen de la radio.

MATURANA: Eso está cumplido, señorita María Ester. Señorita, aprovecho la oportunidad para comunicarle algo.

MARIA ESTER: Diga...

MATURANA: Es muy importante para mí. Y para usted. Es personal.

ROSICLER: Yo me retiro. Los dejo solos.

MARIA ESTER: No... Si es tan importante, ¿por qué no espera hasta mañana?

MATURANA: En ningún caso, señorita María Ester. He tomado una determinación y creo conveniente comunicársela ahora.

MARIA ESTER: Sí. Si insiste.

MATURANA: Si insisto. Señorita María Ester, he notado que su persona se ve preocupada.

MARIA ESTER: Sí, claro... hmmm...

MATURANA: Y que las cosas no marchan como corresponde. En todo caso, señorita María Ester, entiendo que es debido a su condición de mujer, por lo cual se cometen abusos. Cosa que no sucedía anteriormente. Porque cuando don Estanislao me distinguió con la responsabilidad del inmueble, las cosas se realizaban a su debido tiempo. Por ejemplo, el cobro de los arriendos se realizaba en el día y la hora indicada para cada arrendatario y nunca recibió quejas el señor. ¿Y eso por qué, señorita María Ester? Porque yo le informaba de todo al señor. Ahora, si usted desea vamos a revisar en conjunto las copias de los informes que conservo en mi poder.

MARIA ESTER: No. No es necesario.

MATURANA: Muchas gracias por su confianza, señorita. Señorita María Ester, quiero solicitarle que me permita usted asumir la reponsabilidad de poner las cosas en su justo lugar.

MARIA ESTER: Maturana, es increíble...

MATURANA: Con todo respeto, ¿quiere usted que le administre la casa? Es su responsabilidad y la mía. En todo caso, si su respuesta es negativa, le advierto que

no me hago responsable de lo que pueda suceder de aquí en adelante.

MARIA ESTER: No. Me parece perfecto.

MATURANA: Muy bien, señorita. Si su persona es tan amable, por favor fírmeme aquí... (*Sacando la libreta*).

MARIA ESTER: ¿Y eso para qué?

MATURANA: Señorita. Las cosas deben hacerse como deben hacerse.

MARIA ESTER: Por favor, Maturana. ¡Basta!

MATURANA: Si usted lo estima así, señorita... Con permiso. (*Se va*).

ROSICLER (*Entrando*): Buenas noches.

MATURANA: Buenas noches.

ROSICLER: Qué hombre tan extraño, ¿no? Fíjese que con usted es la única persona que habla aquí. Ay. Sírvese no más, si está en su casa. Uy. Nos estábamos olvidando de lo más importante: la música.

MARIA ESTER (*Denotando hastío*): Por favor, ponga algo suave...

ROSICLER: Encantada. Mire... (*Sintoniza audición "Hogar, Dulce, Hogar"*). Esto sí que nos va a alegrar la vida. (*Escuchando el programa*). ¡Ay, pero si este Celedonio es increíble! ¿Sabe? Dentro de un ratito más lo va a llamar la Ronca.

(*Luego de un rato de escuchar "Hogar Dulce Hogar" sigue el programa "Compases al Amanecer"*).

Apagón.

(*Entran Mario, José Eduardo y Manuel, borrachos, cantando el "Himno a las Américas").*

MARIO: ¡Momento! ¡Hemos llegado a la casa del respeto!

JOSE EDUARDO: Tiene toda la razón, don Mario. ¡Silencio!

MARIO: Hombre. Y a propósito de esa hermosa palabra. De Gardel y Le Pera: "Silencio".

MANUEL: Marito, ¡no! Deje los argentinos con los argentinos y los chilenos con los chilenos.

MARIO: Pero, ¿qué tiene usted contra los argentinos, hombre?

MANUEL: Yo estuve en Buenos Aires, Marito, ¿ya? ¿Y sabe? Nunca, nunca pude hablar con uno de ellos. Si pa' pedir un modesto vasito de agua... ¿me da un vasito de agua por favor? Pero, ¿qué querés, che? ¿Qué querés? No. ¡Si Dios fue muy sabio cuando colocó la cordillera allá atrás!

MARIO: Y dígame, ¿por qué colocó la cordillera ahí pues?

MANUEL: ¡Pa' no escuchar los gritos de esos huevones, pues!

JOSE EDUARDO: ¿Quiere que le diga una cosa, Manuelito? Ese... ése es un problema étnico. Un problema de inmigración itálica.

MARIO: No estoy de acuerdo. No estoy de acuerdo.

JOSE EDUARDO: ¿Y por qué?

MARIO: Como lo dijo muy claramente mi padre, en su calidad de presidente del sindicato... El dijo, allá en el año 38... América no es un continente. América es un solo gran país. (*Aplausos*).

JOSE EDUARDO: Ta buena, ta buena, ta buena. Oiga, don Mario. ¡Pero si ése es el pensamiento de Simón Bolívar, pues!

MARIO: No, no. Es el pensamiento de mi padre, expresado en La Calera el año 38.

JOSE EDUARDO: En La Calera me dijo, ¿no?

MARIO: En 1938.

MANUEL (*Haciéndolo callar*): A pedido del público, y en consideración a don Mario...

JOSE EDUARDO: Padilla. Padilla. Justo.

MANUEL: Padilla. ¡Oiga! Por esta vez no más... (*Canta "Silencio en la noche"*): "La ambición descansa..."

MARIO: No, no, Manuelito, no. Si la ambición no descansa nunca, Manuelito. La ambición jamás descansa.

JOSE EDUARDO: Ya pues. Déjate de leseras pus, Mario.

MANUEL: Ya pus, Mario, oohhh. (*Sigue con "Ridi Pagliacci"*).

MARIO: ¡No, no, no!

MANUEL: Pero, alégrese con Puccini, pues.

JOSE EDUARDO: ¿Puccini? Oye, oye, oye, ¿quieren un puchini? (*Saca cigarrillos*).

MARIO: ¡Ah! ¿Así es que vos te habías quedado con mis puchinis, ah?

JOSE EDUARDO: Ya, ya, ya... ¡No te botís a puchini conmigo!

MANUEL: Perdona, pero estoy muy curado para defenderte, puchini.

MARIO: Es el hecho. El hecho. Bueno, a última hora me

importa un pucho que te hayas quedado con mis puchinis.

JOSE EDUARDO: Oye, oye, oye... Entonces, ¿pa' qué hacís tanto puchero, pus huevón ohh? ¿Sabís qué más? ¿Sabís qué más? ¡Córrete, pelao cabeza de chupín, ohh!

MANUEL: Oye, oye... En mi pieza me queda otro poco de chupini.

MARIO: Entonces, ¿qué estamos esperando? ¡Vamos a chupar, por las re chupini!

JOSE EDUARDO: Oye, oye... Un momentito. Momentito. *(Pausa)*. Por respeto a la cachini apaguemos los puchini, ¡justo! *(Canta en inglés, interrumpiendo los otros con "En Mejillones yo tuve un amor" . José Eduardo continúa con la canción de la universidad; los otros cantan la canción del Colo Colo)*. ...Yo soy del Club Deportivo de la Universidad de Chile...

(Entra Maturana).

JOSE EDUARDO: ...mi padre era socio con el número 77. Fue de los primeros...

MATURANA: ¡Alto ahí! ¿Qué horas de llegar son éstas? ¡Y en el estado en que vienen!

MARIO: Mire, Maturana...

MATURANA: Señor Maturana.

MARIO: Señor Maturana. Cumplo en notificarle que en este preciso instante nos retirábamos.

JOSE EDUARDO: Muy bien hecho. Muy bien hecho.

MANUEL: Maturana, pero hombre... ¿por qué anda siempre

tan serio? Venga a alegrarse un ratito con los amigos,
y a tomarse un traguito.

(Maturana, enfurecido, arremete contra Manuel y lo golpea brutalmente).

MARIO: Pero, Maturana, hombre... Déjelo. Déjelo, hombre.

¡Aníbal!

MATURANA(Enfrentando a Mario): Uno por uno.

MARIO: Pero... momento. Momento. Respete mis canas por lo menos.

MATURANA: Se respeta cuando hay respeto.

MARIO: Bueno. Yo respeto esta casa. Yo pago puntualmente, ¿o no?

MATURANA: Muy bien, señor. Entonces se me va a acostar inmediatamente y en completo silencio.

MARIO: Está bien... Vamos, Manuelito...

MATURANA: ¡Dije en completo silencio, señor!

MARIO: Pero... (Se va).

MATURANA (Sujetando a José Eduardo, que quiere irse con Mario): Momentito, joven... A usted no lo he autorizado para retirarse.

JOSE EDUARDO: Momentito, Aníbal. Momentito, momentito le estoy diciendo. Aquí la única que da órdenes en esta casa es la señora María Ester, ¿oyó?

MATURANA: Tiene toda la razón. Pero lo que usted no sabe es que ella me comisionó para poner orden en esta casa.

JOSE EDUARDO: ¡Aahh! Pero permítame decirle que...

MATURANA: ¡No le permito, joven! (Le pega con el bastón).

JOSE EDUARDO: ¡Cuidadito! ¡Cuidadito!

MARIA ESTER (*Entrando*): ¿Qué pasa aquí con tanta bulla?

JOSE EDUARDO: ¡Este desgraciado pus, María Ester!

MARIA ESTER: ¿Qué hace ese hombre ahí en el suelo?

JOSE EDUARDO: ¡Le pegó!

MATURANA: No es efectivo, señorita María Ester... Está ebrio.

MARIA ESTER: Aníbal, váyase.

MATURANA: No, señorita María Ester. No me atrevo a dejarla sola con este par...

MARIA ESTER: Aníbal, váyase a dormir.

MATURANA: Como usted mande, señorita María Ester.
(*Se va*).

MARIA ESTER: Mi amor, vámonos.

JOSE EDUARDO: ¡Oh! ¡Déjame solo!

MARIA ESTER: ¿Cómo? ¿Dónde te vas a quedar?

JOSE EDUARDO: Yo sabré donde me voy a quedar.

MARIA ESTER: ¡Estás loco! ¿Qué va a decir la gente?

JOSE EDUARDO: ¡Qué me importa la gente! (*Empujándola*).
Andate pa' dentro te están diciendo.

MARIA ESTER: ¡José Eduardo!

JOSE EDUARDO: Ya, ándate.

MARIA ESTER: ¡José Eduardo! ¿Qué pasa contigo?

JOSE EDUARDO (*A Manuel*): Manolo. ¡Manolo, vamos!

MANUEL: ¡No me toquís, desgraciado!

MARIO (*Entrando*): A ver, ¿qué pasa aquí? ¿Qué pasa, Manuelito?

MANUEL: ¡Déjenme, cobardes! No se acerquen. Vieron todo y no hicieron nada.

MARIO: Está sangrando. Vamos, vamos a la posta.

MANUEL: ¡No! ¡Déjenme! Eramos tres y no me ayudaron. No hicieron nada.

JOSE EDUARDO: Ya. No le haga caso, don Mario. Lléveslo pa' la pieza y se acabó el problema.

MARIO: Ya, ya, ya. Usted no se meta tampoco. Usted tiene la culpa de todo. Usted es el que tiene el problema con Maturana.

JOSE EDUARDO: ¿Cómo que la culpa de todo? ¿Fui yo el que se corrió pa' dentro?

MARIO: No. Usted es más joven. Tiene más físico. Y ¿qué le pasó, ah? Se el aconcharon los miaos.

JOSE EDUARDO: ¡Ah! ¿Que no viste que tenía así un tremendo palo pus, huevón?

MARIO: Estuvo toda la noche bolseando...

JOSE EDUARDO: ¿Y tú te fuiste a pata pa' allá? ¿Quién te llevó en auto?

MARIO: Claro. Como si fuera suyo el auto. ¿Cree que no sabemos la relación que hay entre usted y la señorita María Ester? ¡Qué! Si ni pa' cafiche le alcanza.

JOSE EDUARDO (*Enfrentándolo*): ¡¿Qué?!

MARIO: Ya. Vamos, Manuelito. Vamos. (*Se van a la pieza*).

JOSE EDUARDO (*Solo*): ¡Cobrándome sentimientos cochinos el desgraciado! ¿Y qué tiene que meterse en mi vida privada? Intrigante, no más. Eso es lo que es, un intri... ¿Que lo dejé solo? ¿Y qué se habrá creído? A

TE LLAMABA

los t

culp

per

voy

MARIO (

ver

ROSICLE

co

MARIO:

gi

ROSICL

h

s

MANU

I

MARIO

MANU

ROSIC

MAN

MAI

MA

los tres se nos hizo. A los tres se nos hizo, sí pues. La culpa de esto la tiene la María Ester. Por permitir... ¿Y adónde me voy a quedar yo? Ah. Me voy a ir a dormir al auto, también. *(Sale)*.

MARIO *(En la pieza. Dirigiéndose a Manuel)*: Venga, venga. Si no pasa na.

ROSICLER: ¡Manuelito! ¿Qué es lo que le pasó? ¡Mire como viene! ¿Qué le pasó, Manuelito?

MARIO: ¿Sabe, hijita? Le pegó ese desgraciado del vigilante.

ROSICLER: Usted no se meta, oiga. Con usted nadie está hablando. *(A Manuel)*. Dígale a ese estúpido que saque el agua oxigenada.

MANUEL: No. Si no pasa nada. Todo tranquilo. Cero problema.

MARIO: No hay agua oxigenada. Hay yodo... ¡cuidado, veneno! *(Le pasa un frasco a Rosicler)*.

MANUEL: ¿No ve? Si las mujeres son muy alharacas.

ROSICLER *(Aplicándole yodo en la frente)*: ¿Duele mucho?

MANUEL: No. No es que duela.... No, Marito. ¿Sabe?, es... es aquí adentro. Es la impotencia. Es la humillación ¡por la cresta! *(Se quiebra)*.

MARIO: Ya, ya, ya. Ya pues, Manuelito. Tranquilo... Ya, ¡calma! ¡calma! *(Pausa)*. Yo le voy a preparar un remedio; pero de éstos, de éstos que mejoran hasta el alma, como dice el tango.

MANUEL: Eso sí que no le aguanto ni un tango más, Marito.

MARIO: Pero, ¡cómo va a ser eso, Manuelito! Si usted... usted es un poeta. No importa que haya publicado un librito chiquito, así, flaquito. Lo que importa es que usted es un hombre capaz de vivir como poeta. No importa que a veces falte lo elemental.

MANUEL: Eso lo entiendo perfectamente.

MARIO: ¿No ve pues, Manuelito? Eso significa que usted es un hombre que tiene la capacidad de sentir, de vibrar con las pequeñas cosas de la vida. Por ejemplo, tener la capacidad de estremecerse frente a un crepúsculo, el colorido de una calle. O llenarse de sentimientos frente a una actitud.

MANUEL: Eso lo entiendo, porque es lo que me pasa a mí cuando me siento allí en el banquillo de la galería, y observo la silueta del campanario de la iglesia que está al frente, recortada contra el telón de fondo del cielo rosado del atardecer.

MARIO: ¿No ve pues, Manuelito? Eso es lo que le estoy diciendo. Si usted escuchara con detención la letra de algunos tangos, vería que tienen una profunda carga de sentimiento y de amor por la vida...

MANUEL: No pus, Marito... Párese un poco. Poesía es otra cosa. Yo no podría escribir si supiera que cualquier analfabeto puede leerme. Poesía es algo sublime y extraño a la vez. Incomprensible para quien no sea un iniciado.

MARIO: Seguramente usted no conoce a Homero Manzi.

MANUEL: ¿Homero Manzi? No, no.

MARIO: Es el más grande letrista de tangos. Es un poeta.

No vaya a creer usted que es un roto de mierda. Es profesor de filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

MANUEL: ¿Profesor de filosofía?

MARIO: Un día andaba Homero Manzi con unos amigos. Patiperreando llegaron a una ciudad de Brasil. No me acuerdo exactamente a cuál. Lo que sé es que estaban en un bar de segunda categoría, tomando y conversando unos tragos cuando, de pronto, desde un rincón del lugar se escuchó la voz de una mujer cantando un tango. Manzi nunca había oído cantar el tango con tanto sentimiento. Se levantó con todo respeto, y fue hasta el lugar donde la mujer estaba. Era una mujer madura, alcoholizada, y todo en ella denotaba la huella del fracaso. Manzi la invitó a su mesa. Ella le contó su vida. Una vida llena de fracasos y frustraciones. Era argentina, y en su patria nunca había logrado triunfar. El desencanto, la falta de amor hicieron el resto. Manzi se quedó en silencio un rato. Luego fue al piano y le dijo: ¿Cómo te llamas? *(Mario va al tocadiscos y pone el tango "Malena". Se escuchan los primeros compases)*. E improvisó este tango... *(En la parte "Malena canta el tango como ninguna", Mario interrumpe)*. ¡Malena! Esa era ella. *(Sigue el tango)*. ...¿Ve, Manuelito? ¡Poesía! Poesía del pueblo. El poeta toma a una persona desde el fondo de su miseria y la levanta, y la da a conocer al mundo.

(Termina el tango. Rosicler se incorpora del lecho en

actitud que demuestra que ha captado el mensaje de la canción).

(Apagón. La acción se reinicia con la transmisión de un trozo de un radioteatro de Arturo Moya Grau).

ROSICLER (Oyendo golpes a la puerta): Adelante.

JOSE EDUARDO (Entra): ¿Estará don Mario?

ROSICLER: No. Salió a hacer unos trámites con la señora María Ester. ¿No se lo dijo ella?

JOSE EDUARDO: Ah. Claro que me lo dijo... Es que ando con la cabeza medio...

ROSICLER: Es que se le anduvo pasando un poco la manito anoche, pues.

JOSE EDUARDO: En todo caso, si la he molestado, perdóname...

ROSICLER: No, no, no... Si por mí no hay ningún problema. Oiga, ¡por Dios cómo dejaron al pobre Manuelito!

JOSE EDUARDO: ¿Don Mario no le dijo nada?

ROSICLER: Es que la verdad es que estamos un poquito...

JOSE EDUARDO: ¡Qué le parece! (Cantando "Estamos en las mismas condiciones"). Porque lo que es yo con María Ester... ¡lo que es la vida!

ROSICLER: Cuénteme, ¿qué le pasó a Manuelito que lo dejaron como bolsa?

JOSE EDUARDO: Bueno, yo no sé mucho... porque los dejé a los dos ahí y volví cuando sentí el escándalo no más. Entonces, lo que vi fue que Manuelito estaba tirado ahí en el suelo. Su marido salió, así como medio corriendo... Bueno, yo pesqué al Aníbal y lo

puse en su lugar inmediatamente. Y ellos se vinieron para acá. Usted debe saber más que yo.

ROSICLER: Nada. Yo le limpié la herida, y después se pusieron a hablar de tangos.

JOSE EDUARDO: Es que su marido es medio rayado por los tangos. Bueno, es que está medio pasadito, también. ¿Sabe que yo siempre me he preguntado una cosa? ¿Cómo una persona como usted se pudo haber casado con un municipal? No. Este... A lo mejor la estoy molestando.

ROSICLER: No, no. Yo le voy a explicar... Tome asiento. Mire. Lo que pasa es que Mario es un hombre muy bondadoso, ¿me entiende usted? Es como un padre para mí. Mire, yo no entiendo nada de trámites, de contratos, de ninguna de esas cosas. El conoce mucho de leyes. Una artista no se puede ocupar de ese tipo de cosas, pues.

JOSE EDUARDO: ¡Claro! Y sobre todo una gran artista como usted, pues. Con tanta fama que tiene. Y tanto recorte. ¿Le molestaría mucho si le pidiera que me los mostrara?

ROSICLER: ¡Al contrario! Se los enseño inmediatamente. Aquí... Eso sí que son periódicos antiguos.

JOSE EDUARDO: ¡Ah, no importa, pues!

ROSICLER: Ahora estoy preparando mi rentrée...

JOSE EDUARDO: ¿Su qué?

ROSICLER: Mi reestreno, pues.

JOSE EDUARDO: ¿Ah, sí? ¿Y dónde va a ser eso?

ROSICLER: En el Opera.

JOSE EDUARDO: ¡Ah, ya! ¡Ah! ¡Pero con este cuerpo fabuloso usted puede dar la vuelta al mundo en ochenta días, pues!

ROSICLER: ¿Y por qué no, pues? Después de eso puede ser Buenos Aires, Mar del Plata, Río de Janeiro...

JOSE EDUARDO: ¡Las Vegas! ¡París!... (*Canta "París" Rosicler lo acompaña en la canción*). Oiga. Eso sí que no me imagino a don Mario en París.

ROSICLER: Ay, no. Si representantes no faltan que se interesen por una buena vedette.

JOSE EDUARDO: Claro. ¡Y buenas noches los pastores, Marito, entonces!

ROSICLER: Bueno, ¿qué se le va a hacer? Yo siempre supe que iba a estar de paso aquí en esta casa.

JOSE EDUARDO: Igual que yo. Yo también estoy de paso.

ROSICLER: Oiga... Hace dos semanas, cuando usted y la señora María Ester llegaron aquí, yo pensé que ustedes eran parientes.

JOSE EDUARDO: ¿Sí? Oiga, y seguramente pensó que yo era su sobrino, o su hijo. ¿O que, tal vez, era mi abuelita? (*Ambos ríen*).

ROSICLER: ¡Ah, ya! ¿Sabe una cosa? Que ella se ve un poquito mayor que usted, ah... Pero es una mujer muy distinguida. Y debe tener mucho dinero, creo yo.

JOSE EDUARDO: Mire... La verdad es que a mí nunca me ha interesado la plata. Yo soy estudiante.

ROSICLER: ¿Ah, sí? ¿Qué estudia usted?

JOSE EDUARDO: Estudio historia.

ROSICLER: ¿Ah, sí?

JOSE EDUARDO: Y geografía... (*Ríen ambos*). Oye, oye, ¿sabís qué más? (*Refiriéndose a los recortes*). Estos son los mejores textos de geografía que yo he visto. Oye, ¿no te importa que te tutee, no es cierto?

ROSICLER: ¡Ay no! ¿Cómo se te ocurre? ¿Cómo te llamas tú, oye?

JOSE EDUARDO: José.

ROSICLER: Ay, pero te dirán Pepe, ¿no?

JOSE EDUARDO: O Pepín.

ROSICLER: O Pepino.

JOSE EDUARDO: Ah, un momentito. Pero Pepino el Breve sí que no.

ROSICLER (*Ríe*): Oye, ¿quieres un trago?

JOSE EDUARDO: Bueno ya, pues.

ROSICLER: ¡Ay que eres cómico, oye!

JOSE EDUARDO: Oye, no es lo que tú pensái. Es un personaje histórico.

ROSICLER: ¿Qué es lo que pienso yo?

JOSE EDUARDO: No sé lo que tú pensái, pero lo que te puedo asegurar es que a mí nunca me van a decir Pepino el Breve... (*Ríen ambos*). Oye, ¿dime una cosa? A ti no te dicen Rosicler solamente. (*Rosicler le sirve un trago*). Gracias... Porque aquí sale La Sensación del Mambo, La Mulata de Fuego.

ROSICLER: La Mulata de Leche...

JOSE EDUARDO: ...La Mulata de Leche...

ROSICLER: La Negra de Mármol...

JOSE EDUARDO: La Gringa de Oro... Oye, dime una cosa. ¿Qué bailas tú de preferencia?

ROSICLER: El afrocubano es mi fuerte, pues.

JOSE EDUARDO: ¿Ah, sí? Oye, fíjate que yo tenía una compañera en el Pedagógico. Esta chiquilla era una negra panameña, oye. Y bailaba el afrocubano que era una maravilla.

ROSICLER: Un momentito, un momentito. La gente piensa que por el solo hecho de ser negros bailan bien el afrocubano. No. Eso es... es...

JOSE EDUARDO: Un mito, querrás decir.

ROSICLER: Eso... El baile tú lo llevas en la sangre, no en la piel. Yo, por ejemplo, ¿ves? Yo soy blanca, blanquísima. Y sin embargo, yo siento el baile con intensidad. No sé cómo te explico... Como que te sube del muslo a la cadera, así, después los hombros, los... Ay, ¡no sé cómo decirte! Es como que te recorre la piel. Eso es lo que siento. Algo que te enloquece.

JOSE EDUARDO: Oye, oye. ¿Por qué no te hacís un numerito?

ROSICLER: ¿Aquí? ¿Aquí mismo?

JOSE EDUARDO: Pero si una artista es artista en todas partes. ¿O no?

ROSICLER: Es que... es que... tendría que vestirme y todo eso...

JOSE EDUARDO: ¡Ah ya, pues! Si ahí tenís el traje. Y además, tenís pickup.

ROSICLER: Es el que uso para ensayar, pues.

JOSE EDUARDO: Ah ya. Por favor... Además te serviría así como de práctica.

ROSICLER: Sí, sería así como un ensayo...

JOSE EDUARDO: Eso, pues. ¿En qué topamos? ¿En qué topamos?

ROSICLER: ¡Bueno, ya! ¡Ujuy! Oye, mira. Ahí tenís el disco. Córrete la silla y hace hueco. Entonces yo me voy a vestir y cuando ya esté lista, yo te aviso, y tú lo colocas.

JOSE EDUARDO (*Con intención*): ¿Cómo? ¿Cómo?

ROSICLER: ¡El disco! Cochino.

JOSE EDUARDO: Ah. Ya pus.

ROSICLER: Oye, ¡sin sapear, ah!

JOSE EDUARDO: Sí. No te preocupís. Oye, ¿tenís un alargador?

ROSICLER: Al lado del pickup hay uno, ¿pa' qué lo querís?

JOSE EDUARDO: Vai a ver. Hasta iluminación especial te voy a tener.

(*Entran María Ester y Mario y conversan en la galería, mientras José Eduardo prepara la pieza para Rosicler*).

MARIO: Perdone que insista, señora María Ester. Pero es que casi toda la gente es nueva.

MARIA ESTER: No me venga con eso. Yo no habría ido a la Municipalidad si hubiera sabido que tenía que hacer tres colas.

MARIO: Pero, ¿cómo podía yo adivinar que Correíta iba a estar con permiso médico?

MARIA ESTER: ¡Correíta! Su Correíta resultó ser un simple oficial de partes como usted. Yo que pensé que era de los Correa de Curicó...

MARIO: Bueno, pero yo le dije... Yo le aseguré que todos

estos papeles pasaban por su escritorio. Y eso es efectivo.

MARIA ESTER: ¿Por qué no me lo advirtió?

MARIO: ¿Advertirle qué?

MARIA ESTER: ¿Por qué no me advirtió que usted no tiene la más mínima influencia?

MARIO: Sí. Yo le dije a usted: no vayamos a la oficina porque allí todos los empleados se sienten como reyes detrás de sus escritorios. No. Vamos al casino. Ahí están en mangas de camisa, tomando cerveza. Ahí...

MARIA ESTER: Sí. Sí, ya lo sabía. Le agradezco mucho todas las molestias que se tomó. Pero realmente usted no hizo nada.

MARIO: Pero déjeme leerle lo que se va a publicar en el **Diario Oficial**.

MARIA ESTER: No veo de qué pueda servir. Está bien. Subamos.

(Se encaminan hacia el segundo piso).

ROSICLER: ¡Listo!

JOSE EDUARDO: ¡Todavía no! Espérate un ratito.

MARIA ESTER *(Continuando su diálogo con Mario)*: Todos esos papeles, los trámites. Yo no entiendo nada de eso.

(Surge la música del afrocubano, que Rosicler baila con brío acompañada por las voces de ánimo de José Eduardo. En el curso del baile, Rosicler cojea, cae. José Eduardo corre en su ayuda).

MARIA ESTER *(Al escuchar el alboroto entra en la habitación y se percata de la escena)*: ¡José Eduardo!

TE LLAMABA

¡José

pasad

hecho

una

debía

aquí

nadi

de a

Enfi

llav

JOSE EDU

MARIA E

las

MATURA

JOSE EDU

cor

MARIA E

JOSE ED

de

MARIA

cu

ca

M

es

MATUR

JOSE EI

y

v

MARIA

¡José Eduardo!... (*Salen y el diálogo continúa en el pasadizo*). Esto es lo último que me podías haber hecho. ¡Esta vez te has sobrepasado! Encerrarte con una mujer ordinaria. Con esa Rosicler. ¡Roticler debía ser! La vergüenza que me has hecho pasar. Ya aquí todos deben estar enterados. ¡Yo no soporto que nadie me humille en esa forma! (*José Eduardo trata de alejarse*). No. No. ¡Esta vez no te vas a arrancar! Enfrenta las cosas como hombre. ¡Entrégame las llaves del auto!

JOSE EDUARDO: ¿Qué?

MARIA ESTER: Que me entregues las llaves del auto... (*Se las pasa*). ¡Aníbal!

MATURANA (*Entrando*): ¿Señorita María Ester?

JOSE EDUARDO: ¡Llámalo! ¡Llámalo! Para que me pegue como lo hizo con Manuelito, ¿no es cierto?

MARIA ESTER: Eso fue un malentendido.

JOSE EDUARDO: ¡Ah! ¡Flor! Lo recagan a uno a palos y después le dicen que fue un malentendido.

MARIA ESTER: Basta. No estoy dispuesta a seguir escuchando más vulgaridades. ¡Aníbal! (*Este se acerca*). Aquí tiene las llaves del auto y las del garaje. Manténgalo ahí. No quiero que nadie tenga acceso a ese automóvil, ¿me entendió?

MATURANA: Lo que usted mande, señorita. (*Sale*).

JOSE EDUARDO: ¿Sabís qué más? ¡Métete tu casa, tu auto y todas tus porquerías por donde querái! Porque yo voy a hacer mi maleta y me voy de esta casa.

MARIA ESTER: ¿Tú? ¿Cuándo has tenido tú una maleta?

Cuando te conocí tenías una camisa y un pedazo de... ¡pedazo de canalla, mentiroso! (*Se alejan discutiendo*).

ROSICLER: Mario, no es lo que tú te imaginas. (*Arregla su maleta*).

MARIO: No, pues. No es necesario imaginarse nada. Con lo visto basta. Claro, uno se preocupa...

ROSICLER: Ya, ¡por favor, Mario! Tratemos de que esto sea lo menos doloroso para los dos.

MARIO: ¿Menos doloroso? Y ¿cómo crees que me siento yo ahora? ¿Me has preguntado siquiera cómo me fue? ¿Sabes cómo me recibieron en la Municipalidad? ¿Te importa algo? Claro. Me recibieron como a un viejo jubilado, imbécil, al que ya nadie conoce. ¿Sabes que van a demoler esta casa y que yo no puedo hacer nada? Tú sabes. Si ya me lo dijiste, ya me lo dijiste. Soy un fracasado. Lo peor del caso es que ahora la señora María Ester ya se dio cuenta.

ROSICLER: Tú me dijiste que yo era una arrastrada, que no podía conseguir ningún hombre.

MARIO: Pero, ¿por qué? ¿Por qué te vas ahora y no te fuiste antes, cuando estabas enferma y yo tenía que lavarte, limpiarte, darte la comida como a una guagua chica?

ROSICLER: ¿Por qué me sacas eso ahora? No fui yo la que te anduvo persiguiendo. Además, yo nunca te he mentado, Mario. Siempre te dije que estaba aquí de paso. Sí pues, Mario. La vida es cruel a veces, pero hay que vivirla.

MARIO: ¿Vivirla? ¿Y cómo? ¿Cómo, ahora que todo se

TE LLAMABA

vien

Tú y

cara

ROSICLER

MARIO: Y

sicle

ROSICLER

(Re

¡Ch

do!

voj

la s

Me

Ma

pa

vo

MARIA

m

de

at

JOSE E

b

d

n

e

MARIA

d

JOSE E

s

viene al suelo?... No, no, no. Ya sé, ya sé. Entiendo. Tú ya estrujaste el limón. Ahora puedes botar la cáscara no más.

ROSICLER: Oh, Mario.

MARIO: Ya. Mándate cambiar de una vez por todas... (*Rosicler termina de empacar*). ...¿Necesitas plata?

ROSICLER: No... Bueno, ya. Dame dos lucas pal taxi... (*Recibe el dinero y lo guarda*). ...Chao, Mario... ¡Chaíto! (*Sale y va al teléfono. Alfonso*). ¡Hola, lindo! Qué bueno que te encuentro... Escúchame. Me voy inmediatamente para el teatro... No me importa la segunda fila. Lo que sea... No, no. Dímelo allá. Me voy al tiro. ...Oye, oye. Escúchame. Dile a la Magaly que me voy a ir a alojar con ella hasta que nos paguen el primer sueldo... No, no. Dímelo allá. Me voy al tiro... (*Sale*).

MARIA ESTER (*Entra con José Eduardo*): Hasta mis maletas se quería llevar el perla. Dé gracias que lo dejo irse con lo puesto... Andate... La puerta está abierta. Pero, ¡ándate como persona decente!

JOSE EDUARDO: Oye. Escúchame y métete esto en la cabeza: estoy aburrido con esas estupideces y ese aire de gran señora que te das... Que van a decir esto. Que no hable fuerte. Que eso es de roto. Y roteando a todo el mundo. Estoy hasta la coronilla con esas huevadas.

MARIA ESTER: Claro. Qué vas a saber de ser decente si nunca lo has sido.

JOSE EDUARDO: ¿No vis? Ya me estái rotando. ¿Qué es ser decente para ti? ¿Andar a la moda? ¿Tener buena

educación? ¿Buenos colegios? Eso se llama tener buena situación económica. Eso no es decencia... Casarse porque hay que casarse. Porque una huevona con sus añitos ya tiene que estar casada, con marido y auto. Por eso es que te casaste con el corredor de la Bolsa, ¿no es cierto? Porque te daba prestigio y libertad. Libertad para ir a estudiar una licenciatura a la Universidad... ¿A estudiar? A buscar un lacho, ¡a eso ibai!

MARIA ESTER: Tú sabes que eso no es verdad. Tú sabes que nunca tuve la intención de engañar a mi marido. Pero me enamoré de ti. No sé cómo, pero me fui enamorando. Eras un chiquillo, pero me olvidé de todo lo demás. Esa es la verdad, José Eduardo... *(Se acerca amorosa y se abrazan)*.

JOSE EDUARDO: No, no, no... Me siento como preso en esta casa.

MARIA ESTER: Yo soy la que está presa. Todo lo abandoné por ti.

JOSE EDUARDO: Oye, ¿lo abandonaste todo por mí? No seái ciega, María Ester. Ellas te abandonaron. Tus parientes, tus amigos... y tu marido que te echó de la casa cuando nos pilló desnudos sobre la alfombra persa.

MARIA ESTER: ¡José Eduardo!

JOSE EDUARDO: Sí, pues. Y tuve que sacarle la cresta porque quería que saliera en pelotas para la calle... Ahora estoy acusado por lesiones, y no me puedo ni mover de esta casa para que no me lleven preso.

MARIA ESTER: Basta... No puedo oír más... Está claro: o me pides disculpas por este atropello, o te vas.

JOSE EDUARDO: Oye, ¿tú creís que siempre vai a tener la sartén por el mango?

MARIA ESTER: Eso no tiene nada que ver. ¿Me pides disculpas o no?

JOSE EDUARDO: Es muy fácil para ti.

MARIA ESTER: Nada es fácil para nadie. O subes en este instante conmigo y discutimos condiciones, o te vas.

Y punto. Ya sabes lo que tienes que hacer. *(Se va)*.

MANUEL *(Entrando, trae un paquete de libros)*: ¿Ha visto a la señora María Ester?

JOSE EDUARDO: No he visto a nadie, ñor... Ah, era usted, Manuelito... Manuelito, Manuelito. ¿Sabe? Que yo quería hablar con usted. Quería pedirle disculpas por lo de anoche. Sé que me porté como un cobarde. Le ruego que me perdone.

MANUEL: No se preocupe. Lo más importante no es reconocer los errores sino que a través de los errores cometidos se aprenda. Yo he aprendido lo mío. Y por eso me voy.

JOSE EDUARDO: Oiga. Si es por el desgraciado ése del Aníbal no tiene por qué preocuparse. María Ester me dijo que fue un malentendido.

MANUEL: No es por eso que me voy. Es por mí. Es por respeto a mí mismo.

JOSE EDUARDO: ¿Y tiene dónde irse?

MANUEL: No.

JOSE EDUARDO: ¿Tiene plata?

MANUEL: No.

JOSE EDUARDO: Entonces, ¿cómo se las va a arreglar, Manuelito?

MANUEL: Tengo dos manos... una cabeza... y sé que tengo que irme.

JOSE EDUARDO: Oiga. Usted tiene razón. ¿Sabe qué más? Yo también debería irme de esta casa. Pero estoy mal allá. ¿Y con qué cara podría volver de nuevo donde mis viejos? Pero usted tiene razón. Y ¿sabe? Yo también me voy. ¿Vámonos juntos?

MANUEL: Sí, Pepe. Pero antes debo hablar con la señora María Ester. No podría irme sin dejar las cosas en claro.

JOSE EDUARDO: Es que yo no me atrevería a hablar de nuevo con ella... Oiga. ¿Me puede despedir de ella?... Sé que es una mariconá. Pero, por favor, hágalo, ¿ya? Dígale que me fui con lo puesto. Total, todo lo que tenía me lo compró ella.

MANUEL: Se lo diré.

JOSE EDUARDO: Gracias, Manuelito.

MANUEL (*Llamándolo*): Pepe.

JOSE EDUARDO: ¿Ah?

MANUEL: Me gustaría darte algo. Este libro que publiqué. Hace tiempo ya, pero todavía quedan algunos ejemplares.

JOSE EDUARDO: Gracias, Manuelito... Y, chao de nuevo... (*Sale*).

(*Manuel queda solo, contemplando el campanario*).

MARIA ESTER (*Entrando*): ¿Todavía no te has ido?

MANUEL: Pérdón.

MARIA ESTER: Ah, ¿es usted?

MANUEL: ¿Buscaba a alguien?

MARIA ESTER: ¿Yo buscar a alguien? ¡No! A nadie.

MANUEL: Sí. Porque si es a Pepe no lo va a encontrar.

MARIA ESTER: ¿Adónde fue?

MANUEL: Se fue de aquí. Me pidió que le dijera...

MARIA ESTER: Basta. No recibo recados de nadie. Me sé arreglar muy bien yo sola.

MANUEL: No siempre, parece.

MARIA ESTER: Oiga. Yo no tuve nada que ver con esa paliza que le dieron.

MANUEL: El mandado no es culpado, dirá el otro.

MARIA ESTER: Si alguien pregunta por mí, dígame...

MANUEL: El no va a volver.

MARIA ESTER: No sé de lo que me está hablando.

MANUEL: Yo también me voy. Parece que esto fuera contagioso. Quisiera saber cuánto le debo.

MARIA ESTER: Olvídese y váyase.

MANUEL: Es lo que estoy haciendo.

MARIA ESTER: Tome sus porquerías y lárguese.

MANUEL: Las llevo conmigo... Bien. Tome por lo que pudiera quedar debiéndole... *(Le pasa unos libros que ella rechaza, y se va).*

MARIA ESTER *(Sola)*: Si le pido ayuda en estas condiciones me despreciaría. ...El siempre me decía ¡y aún lo sostiene!: hija, recuerde que somos de otra clase. Responda a lo que se espera de usted. Siempre me defendió cuando yo supe responder... Y si me casé

tan tarde fue porque él ahuyentó a todos mis pretendientes, uno por uno. Nadie era lo suficientemente bueno para mí... Siempre me defendió. Igual que ese día en el colegio, cuando las monjas me castigaron, él pegó un puñetazo sobre el escritorio de la madre superiora y le dijo: "nadie critica a mi hija". El siempre me defendió. Pero, ¿tendré yo sus fuerzas, tendré yo su espíritu? Entereza, María Ester, entereza. (Llora).

MATURANA (*Entrando*): ¿Señorita María Ester? Las llaves.

MARIA ESTER: Consérvelas usted, Aníbal. Yo no necesito el auto todavía.

MATURANA: Señorita. Yo siempre estaré a su lado.

MARIA ESTER: Aníbal. Usted es la única persona en quien puedo confiar. No lo olvide. (*Suben ambos*).

MARIO (*Va al tocadiscos y coloca el tango "Poema" en sordina*): ...Y aquí estoy, quebrado y abandonado... Yo que pensé que la jubilación era un premio, un reconocimiento a mi trabajo, a mis desvelos. Todo es una estafa. Y aquí estoy, sin nada... hasta sin sueños.

ROSICLER (*Entra y se sienta en la galería*): No había ningún papel para mí. Y ni lo habrá... Entré con mi maleta, tratando de disimular mi cojera. ¿Cómo olvidarme de las caras de todas ellas? ¿Cómo pude ser tan ciega?...

MARIO: ...Trabajé treinta años como una verdadera bestia. Y para que al final esos infelices no se acordaran de mí. Yo que los ayudé cuando llegaban a mi oficina como pollos entumidos...

TE LLAMABA

ROSICLER:

cuando

pesta

MARIO: ...

Así,

hom

Yo l

en e

ROSICLER

que

cid

car

a l

MARIO:

no

un

ca

u

m

e

ROSICLER

n

S

I

I

ROSICLER: ...mientras las veía reírse de mí, me acordé de cuando recién llegaron al teatro. ¡Yo les presté mis pestañas! ¡Yo les regalé plumas!...

MARIO: ...¿cómo se llena este formulario, señor Padilla? Así, joven... A ver, joven. Venga para acá. No, no, hombre, la coma más... Traidores. Si yo los formé. Yo los llevé de la mano hasta convertirlos en jefes, en eficientes servidores públicos...

ROSICLER: ...y el público no sabía que se veían bien porque estaban con mis cosas. Y ahora las mal agradecidas se hacían las lesas, se corrían con risitas por los camarines. Claro. Si ya no se pueden colar conmigo a las fiestas porque ahora yo no sirvo para nada.

MARIO: ...Y cuando uno está viejo, inservible. Cuando ya no sirve para nada, ¡paf!, lo jubilan. Lo condenan a uno a una jubilación, a una pensión que se va achicando, achicando, achicando, hasta que lo obligan a uno a hacer lo que yo más he odiado en mi vida: ¡coimear! Es que lo empujan a uno a buscar otras entradas.

ROSICLER: ...a usted le quedan otras entradas, me dijo el maricón de Severito... Yo se las consigo, mijita... Se reía de mí junto con las otras... Pensar que hasta plata le saqué a Mario para dársela a él... A Mario, la única persona que me ha tratado bien en toda mi vida. La única persona que me trató como gente y no como a una cosa. La única persona que se ha preocupado más por mí que de sí mismo... En fin. Ya es tarde para lamentarse. *(Se levanta)*.

MARIO: ...pero Rosicler va a triunfar. Yo se, yo sé porque ella tiene pasta de artista... Y Severito tiene que encontrarle algo en la próxima revista. ¿Qué importa que yo no la vea nunca más? ¿Y que no encuentra su ropa envuelta con la mía? ¿O que para verla tenga que esconderme entre sus admiradores de la calle Huérfanos?

ROSICLER (*Entrando*): Tenías razón, Mario... Soy una yegua coja que ya no sirve para nada.

MARIO: No, no. Yo nunca tuve razón en nada. Yo soy un fracaso, un completo fracaso.

ROSICLER: ¿Quieres que me vaya?... ¿Estás enojado conmigo, Mario? ¿No quieres hablar conmigo? (*Mario niega con la cabeza*). Entonces, ¿por qué no me miras?

MARIO: Es que... No sé... Es que me da vergüenza mirar a la gente... (*Solloza*).

ROSICLER: ¡Qué te importa la gente!

MARIO: No. La gente no me importa... Es que... ¡Es que me da vergüenza mirarte a ti!

ROSICLER (*Acercándose con cariño*): ...Ya pasó... Ya pasó... (*Va hacia el pickup y coloca "Rosicler"*). Canta, Mario... ¡Mario! ¡Canta!... ¡Canta, Julio!... ¡¡Cantá, Julio!!

MARIO: ¡Y cómo no voy a cantar si me lo pide la gran Rosicler! ¡La vedette más grande del mundo entero!

ROSICLER: ¡Para mí serás siempre Julio Martel, as del tango argentino!

(*Mario canta y bailan el tango. Apagón*).

Esta ob
Indepe
guienta

YAYO
JIMEN
RUCI